

REVISTA SOCIALISTA

PUBLICACIÓN MENSUAL DE DOCTRINA Y CRÍTICA SOCIALISTA Y CULTURA GENERAL

DIRECTOR
ALBERTO PALCOS

REDACCIÓN Y ADMISTR.
CORRIENTES 1982

ADMINISTRADOR
D. CISNEROS TERÁN

SUMARIO: — Nuestros propósitos. — El socialismo y la guerra, H. Austin. — Antecedentes de la revolución rusa, Alejandro Castineiras. — El socialismo imperialista en la Alemania contemporánea, Carlos Adler. — El concepto de la patria, Graciano Resca. — Las empresas y nuestras política ferroviaria, Guido A. Cartey. — Sobre Juventudes Socialistas, Justo Paselli. — Jaurés, A. C. — La muerte de Jaurés, Marcelle Capi. — Notas internacionales: España, Inglaterra. — Varias.

SUBSCRIPCIONES:

Capital	(Semestre adelantado)	\$ 1.00
Año	"	" 2.00
Interior	(Semestre adelantado)	\$ 1.20
Año	"	" 2.40
— Numero suelto		\$ 0.20

NUESTROS PROPOSITOS

Vivimos una hora singular, precursora de profundas innovaciones. La sociedad está dispuesta a ensayar rumbos nuevos, dejando a sus espaldas los horrores del pasado. Tan enérgico es el deseo de inaugurar otra etapa que, a no mediar el concepto de la continuidad histórica, tentados estaríamos de afirmar que la historia aparecerá escindida, a la vuelta de algún tiempo, en dos partes, por las conmociones sociales que la revolución rusa comenzara y que se extenderán, sin duda, a las demás naciones del continente. Las formidables entrañas de hierro y fuego de la inmensa tragedia, apresuran la gestación de un nuevo orden social, que se cimentará, cada vez más, sobre la justicia fraternal y el universal amor.

Cada treinta o cuarenta años, y desde hace un siglo y cuarto, el mundo social es sacudido por acontecimientos de gran intensidad y de vastos alcances. Fué primero la Revolución Francesa, que levantó al rango de señora y despota de la sociedad, a la entonces joven y robusta burguesía; en sus flancos, desenvolvíanse los gérmenes de una nueva fuerza, oscura e inorgánica aún, pero briosa y llena de instintos vitales: el proletariado. Informe, vago, como el primer esbozo de un amplio plan que con el andar del tiempo, en la avizora escrutación de la realidad, adquiere proporciones y se define con luminosa claridad, Babeuf, Saint Simon y Fourier — impregnados de bastantes elementos burgueses los dos últimos — bosquejan los rasgos de una sociedad en la cual se desconoce la extorsión económica de los trabajadores. Más tarde, durante el sacudimiento del 48, el proletariado se caracteriza con mayor nitidez y procede con más energía. A la sazón, Marx y Engels, observando el sombrío cuadro social de In-

glaterra, la nación más industrial de la Europa, con su opulento y ensoberbecido capitalismo y con su proletariado hundido en los abismos más desgarradores de la miseria y del dolor, iluminan la conciencia obrera con las páginas sobrias y robustas del "Manifiesto Comunista". Vienen, años después, las jornadas del 70 y el ensayo de la Comuna, efímero por su duración, transcendental por su significado. Y en nuestros días, después de una labor considerable de esclarecimiento y difusión, después de la fuerte efervescencia provocada por la siembra de los modernos ideales sociales, vislumbres de horizontes más luminosos y humanos, alientan, en medio de la horrible tragedia, la tenaz esperanza del proletariado.

La guerra, en nuestros días, es un odioso anacronismo; exhibe a nuestros ojos un espectáculo espeluznante que llena de congoja y de vergüenza a todo hombre sensato. Desencadenada por la barbarie capitalista — ya que la conflagración universal no es otra cosa que una fabulosa empresa comercial acometida por una cáfila de delincuentes — el proletariado, que aspira a dejar de ser dócil instrumento de los gobernantes, debe — ya que no lo pudo evitar — aprovecharse de ella, tornándola favorable a sus ideales e intereses, coincidentes con los ideales e intereses de la Humanidad. Procediendo así, los trabajadores internacionalmente organizados, podrán volver la contienda mundial contra su propio autor, el capitalismo agresivo, cortándole las garras, siempre dispuestas al despojo y a la depredación, insaciables de sangre inocente.

Las guerras suelen semejar a un viento huracanado que difunden, con extraordinario empuje, las semillas prodigamente aventadas en la atmósfera social, a la hora de estallar. Las pro-

vocadas por la Revolución Francesa difundieron por todos el ámbito europeo, la filosofía revolucionaria de fines del siglo XVIII. La actual desparamará la simiente del ideologismo socialista, contribuyendo a precipitar el derrumbe de la burguesía. Afirmará la influencia creciente de la clase trabajadora, la cual, más consciente cada día de sí misma y de su elevado papel histórico, e intelectualmente reforzada por hombres de otra procedencia social —quienes, heridos en lo más delicado de su sensibilidad por el cuadro de la sociedad contemporánea, llena de violentos contrastes y de burdas injusticias, se pliegan al proletariado,—orientará a la sociedad por senderos pacíficos, hacia una era en la cual la justicia no sea un mito, la libertad una bella palabra y la fraternidad un cruel sarcasmo.

Para que tan venturosos ideales no se malogren, nunca, como hoy, debemos de perder de vista la finalidad del socialismo: la socialización de los medios de producción y de cambio, por remoto que se suponga su implantación integral, porque así nos preservaremos de lamentables desviaciones. Y nunca, como hoy, en que el proletariado es insistentemente reclamado a compartir las responsabilidades del poder, la levadura revolucionaria del socialismo, debe substraerse a la peligrosa contaminación del reformismo tibio. ¡Con cuánta alegría, con qué alborozo, celebrarían las clases dirigentes, la conversión del socialismo al reformismo, el abandono de la doctrina histórica de la lucha de clases en cuya substitución se trabajaría por una cordial colaboración de clases, — el reemplazo del ardiente ensueño del internacionalismo por el nacionalismo declamador y patrioterro, la visión de la sociedad colectivizada como una utopía de cándidos soñadores y la perfecta adaptación al actual orden como una realidad fructífera! A sus ojos, dejaríamos de ser "los enemigos de la propiedad, de la familia y de la patria", bandidos execrables; seríamos ciudadanos cultos, cuerdos, honestos y patriotas.

Claro es: el reformismo social, puro y simple, consolida el régimen reinante, lo torna más fuerte, más temible, más inquebrantable. Consciente de ello los estadistas perspicaces de la burguesía se apresuran a conceder y a prohiar importantes reformas sociales y económicas, como, entre otras muchas, la llevada a cabo en 1846 en Inglaterra por el célebre ministro conservador Roberto Peel, al derogar las famosas leyes restrictivas del comercio de cereales, digno coronamiento de la formidable campaña librecambista dirigida por el genio proselitista

de Ricardo Cobden y como la consumada en Alemania por la férrea administración de Bismarck al promulgar la amplia legislación acerca del seguro social. Mediante tales iniciativas los gobernantes tratan de aplacar el empuje revolucionario del proletariado, como parece haberse conseguido en gran parte con el proletariado germánico. ¡Bienvenidas sean todas las reformas que la clase obrera conquiste por su propio esfuerzo, sin claudicar de los principios que informan su acción de clase! ¡Pero recházese con vigor todo lo que se obtenga por el procedimiento espúreo de las transigencias y de las concesiones complacientes!

¡Qué el ejemplo del socialismo alemán nos sirva de experiencia! En su seno se incubó una teoría que so pretexto de amoldar el socialismo a la realidad histórica, quebrantó la magnífica audacia de su vuelo y lo infiltró de un conjunto de nociones burguesas. Esa teoría se propagó inmediatamente a los restantes países e hizo adherentes a centenares.

No negamos que el socialismo, al rudo contacto de los hechos, científicamente analizados, modifique los postulados cuyos errores se evidencien. El socialismo, porque se nutre de la experiencia y porque es una doctrina científica y no un dogma inmutable como el de las religiones reveladas, se somete a toda rectificación que lo refuerce. En la admirable armonía entre la realidad inmediata del socialismo y la amplia teoría, que le sirve de base, en el feliz connubio de la ciencia con la acción, reside la maravillosa vitalidad del socialismo, que entre el derrumbe de tanta ideología, se vigoriza y rejuvenece sin cesar.

La profunda renovación de conceptos que la guerra operará inevitablemente, acaso someta los principios del socialismo a un nuevo análisis y pade en ella una que que otra rama vieja. Más dejará subsistentes y robustecidas, tres elementos básicos: la lucha de clases, el internacionalismo y la crítica del capitalismo. Desechará, las teorías, que a título de revisión científica, han domesticado en algunos países, el movimiento socialista, ingertando sobre su fuerte tronco algunos gajos caducos de la fronda capitalista.

La guerra europea ha derrotado ruidosamente esos conceptos. Como río salido de madre, el socialismo, dolorosamente aleccionado, se retraerá al cauce habitual del internacionalismo de verdad y al genuino principio de la lucha de clases, lo que no excluye, en forma alguna, las conquistas democráticas, que le son indispensables a su desenvolvimiento, y condicionan el rit-

mo de su avance. Si la guerra mata el excesivo oportunismo — tras el cual aparecen el imperialismo, el internacionalismo a la violeta, la colaboración de clases y otras aberraciones tomando carta de ciudadanía en el mundo socialista que nació para sepultarlas—ahoga también al tiego jacobinismo que si es útil como reacción contra el oportunismo, esteriliza toda acción eficaz. El socialismo es organización inteligente, el jacobinismo es demagogia anárquica. Sidney Webb ha dicho, con toda razón, que si el anarquismo no existiera el socialismo debería inventarlo; obraría como una válvula de escape por donde se eliminarían los elementos inasimilables, por su manifiesta incapacidad para la acción conjunta, societaria.

Si las falaces nociones del nacionalismo estrecho y de la colaboración de clases no hubieran desviado al socialismo de algunas naciones europeas, el proletariado acaso hubiera evitado la guerra. Varios miles de hombres que llevasen en sus venas unas gotas del austero heroísmo, que ha aureolado de gloria a la estirpe de los Liebknecht, hubieran bastado para neutralizar el desborde del torrente bélico.

Faltó valor en los distintos congresos de la internacional socialista para afrontar con serenidad y con franqueza el estudio de la actitud que el socialismo asumiría frente a la guerra, amarga pesadilla que embargaba todos los ánimos. Y al estallar el conflicto, el proletariado de los países cuyo choque parecía más inminente desde mucho tiempo atrás, se precipitó al campo de batalla contrariando la letra y el espíritu de la Internacional. ¡Llor a los Partidos Socialistas que en Inglaterra, Rusia, Italia, Estados Unidos etc. supieron soportar con estoica energía la arremetida furiosa del chauvinismo, votando en contra de la guerra! ¡Ellos han salvado los principios del Partido y han mantenido enhiesto el pendón de la Internacional.!

La guerra confirma, una vez más, que el capitalismo no se detiene ante la violencia y el crimen; muy al contrario los utiliza en su provecho, crece y se ensancha a sus expensas. "El Estado es una confabulación de ricos que se ocupan de sus intereses personales" es hoy una verdad más intensamente sentida que en 1566 cuando Tomás Moro la enunció en "Utopía" por primera vez. En defensa de sus intereses personales los ricos confabulados han incendiado al mundo. Y el proletariado, flagelada carne de cañón, ha suministrado con inaudita prodigalidad, el combustible requerido por la gran locura.

La humanidad se encuentra aún en los prolegómenos de la civilización, en la pre-historia de la cultura, no obstante los cantos tan repetidos a su superioridad y a su grandeza. Sobre sus espaldas gravita pesadamente un Himalaya de tendencias ancestrales, de milenarismo misticismo, de errores, de rutinas, de prejuicios, de ignorancia y de intereses creados.

La fuerza bruta y el crimen gobiernan soberanos, omnímodos. Esta desoladora manera de ser si no termina con la colectivación de la riqueza, con la abolición de la propiedad privada, incentivo de tanto egoísmo cínico y de tanta maldad triunfante, no terminará nunca.

La única clase que por carecer de todo privilegio y vivir en la peor servidumbre, la económica, puede acometer la empresa titánica de socializar la riqueza, es el proletariado, el cual todavía no ha adquirido la plena posesión de sí mismo, ni ha alcanzado el grado de madurez intelectual para comprender siempre, con la claridad indispensable, donde está su interés. Explícate por esto que se preste a ser juguete ciego de la fatalidad histórica o de la clase gobernante, que lo utiliza y lo esquilda en provecho propio.

Cuando la clase burguesa se emancipó del yugo de la nobleza y del clero depravados, superaba a ambos en moralidad, en capacidad administrativa, en ciencia, en letras, en una palabra, podía sustituirlas con gran ventaja. Igualmente la clase obrera desplazará definitivamente a la burguesa cuando sea más sabia, más inteligente, más capaz que ella, cuando de su seno surgan con frecuencia los Beethoven y los Pasteur, los Henry George y los Marx, que inunden los corazones de belleza y de bondad, y los cerebros de luz.

Mucho tenemos que andar aún. La clase obrera debe ilustrarse con los tres métodos clásicos del socialismo: el gremialismo, la cooperación y la política. Sin el gremialismo, manifestación primordial, casi instintiva, de la lucha de clases y sin la cooperación "embrión de la sociedad futura", manifestación inteligente, evolucionada, de la misma lucha, la política se resiente seriamente; ausente el apoyo de la clase obrera, organizada económicamente, el socialismo corre el riesgo de canalizar su cauce por rumbos desviados; el éxito electoral de medio se convierte en fin, la doctrina se archiva como una curiosidad histórica; la actividad cultural, iluminadora de todas las demás, se desenvuelve languidamente. Y sobre bases tan deficientes nada sólido puede realizarse. Las obras de grandes alientos, como las que el socialismo emprende, son pospuestas a la conquista de algu-

nas reformas inmediatas, de tinte exclusivamente radical, perfectamente conciliables con la estabilidad indefinida del régimen capitalista. El movimiento es susceptible de adaptarse mucho al ambiente, moderar su espíritu de rebeldía, nacionalizarse excesivamente, transigir con prejuicios, respetar intereses creados, abandonar el credo pacifista. Todos estos son peligros en los cuales podría escollir un movimiento, exclusivamente político. Claro está que el Partido, en la República Argentina, como entidad colectiva, no ha caído en ellos. Otro tanto sucederá en el porvenir si firmemente así se lo proponen todos los socialistas, trabajando por ahondar la conciencia histórica del proletariado, moviéndolo a que se instruya, que estudie, que se organice en sindicatos fuertes, que se constituya en cooperativas libres. Por humilde que sea, todo esfuerzo que a ello vaya enderezado, debe mirarse con simpatía. La montaña no es un bloque único, sino una superposición de moléculas invisibles. En la modesta esfera de sus alcances, la "Revista Socialista", sin gestos heroicos, sin planes transcendentales, desea, con sencillez y con amor, contribuir a labor tan útil y fecunda y espera que le acompañe en esta tarea la simpatía y la colaboración espontánea de quienes compartan los mismos ideales. Abrirá sus páginas, igualmente, a los que quieran discutir la doctrina o un detalle de ella, con altura o impersonalmente, garantizándoles la emisión del pensamiento sin mutilaciones de ninguna especie. Hombres jóvenes, que han cifrado sus más caras esperanzas en el perfeccionamiento del propio huerto interior y en el de la sociedad, en general, auspician esta publicación. Poseídos de la proteiforme inquietud espiritual contemporánea, han polarizado mucho de sus fuerzas alrededor del problema social, poderoso, como ninguno, en sugerencias mentales y éticas. En su solución, por el colectivismo, entrevén el pasaje del reinado de la coerción al reinado de la sociedad emancipada, dueña y artífice consciente de los propios destinos. En esta última, solamente, la inteligencia, libre de opresiones, desplegará su vuelo prodigioso y el sentimiento ostentará la gama de sus más ricos y delicados matices, desconocidos por nosotros, en esta sociedad cruel en la cual el fuerte despedaza inexorablemente al débil.

Difundamos nuestro ideal. Y tengamos en cuenta que más fácilmente se socializan los corazones que las inteligencias. Socialismo de corazón es medio socialismo. Plasmemos, hasta donde nos sea posible, mentalidades socialistas. Invulnerables a los flechazos del odio y de la en-

vidia y a los dardos de la calumnia, será nuestra divisa, la que Marx tomó del egregio poeta florentino:

*Segui il tuo corso
e lascia dir le genti.*

REVISTA SOCIALISTA.

El Socialismo y la Guerra

"Socialismo y guerra" son expresiones de dos conceptos que se repelen, desde que, a poco de introducirse en el caletre de cualquier hombre medianamente capacitado, provocan una oposición intensa entre las ideas creadoras de ambos términos: ideas que ante el juicio de la razón se rechazan con irreducible tenacidad. De ahí que el socialismo y la guerra, del mismo modo que la virtud y el vicio, que la verdad y el error, denotan una serie de fenómenos encontrados en abierta y franca disensión.

Si una aspiración de justicia, de igualdad, de progreso y de fraternidad, hizo brotar del pensamiento de Pedro Leroux el vocablo "socialismo", sancionado poco tiempo después, con los estudios de Marx y Engels, como denominación de un verdadero sistema económico reivindicador de los derechos del trabajo, no es posible admitir que el socialismo, invocador de la justicia, apologista del trabajo y vocero de la fraternidad entre todos los hombres, pueda avenirse con la guerra, la más alta expresión de la barbarie, del odio y de la destrucción.

No es dable ni siquiera la tolerancia, aún dando cabida a los subterfugios y embrollos más tentadores, porque desde el momento en que la política de un país cualquiera es hostil a la tranquilidad de otro, inicia en ambos el encono, que presto degenera en ataques de toda naturaleza, cuyas consecuencias las sufre el pueblo humilde y trabajador. El socialismo, pues, como paladín de esa parte laboriosa y útil de la sociedad, debe oponerse tenazmente a toda actitud que encierre la posibilidad de provocar una acción bélica, muchísimo más si se tiene en cuenta que los principios que fundamentan su doctrina son incompatibles con el estado social impuesto por la guerra.

Ser socialista, o lo que es lo mismo, perseguir la institución justa de una distribución equitativa del trabajo y su producto, de modo que cada cual pueda desarrollar provechosamente sus actividades dentro de una colectividad exenta de explotadores y explotados, es afirmar que el trabajo generador de lo útil resulta el objeto

primordial de la vida; que la labor realizada debe obtener el producto racional de su esfuerzo, y, como consecuencia forzosa y legítima, que la sociedad necesita organizarse de tal modo que la equitativa repartición de la actividad y sus beneficios no sea una ficción. Agréguese, además, que para que esta transformación sea factible hay que aceptar la unión de todos los trabajadores del mundo, es decir, dar por descontado su carácter internacional. Otro socialismo, adornado con desviaciones de independencia, con ribetes patrióticos, con cortapisas religiosas o con vestimentas galoneadas, podrá denominarse socialismo liberal, nacional, cristiano o imperialista, pero nunca socialismo internacional, porque fuera de ser egoísta, local, místico o bélico, tendrá el defecto irreparable que posee toda dirección partidista ajena al concepto histórico de la lucha de clases.

El derecho logrado por la fuerza física fué medio indispensable y eficaz entre las tribus primitivas, y aún entre los reinos de las primeras edades históricas, para adquirir los elementos necesarios a la vida. El proceder violento y arbitrario de la lucha material proporcionaba el alimento y la mujer, como cosas imprescindibles obtenidas por el atropello brutal del más fuerte. El hombre de entonces no solicitaba, se apoderaba de aquello que su instinto vital le exigía; el hambre y el placer sensual le imponían la violencia, y generalmente mataba para vivir.

Más tarde, en imperios y reinos ya organizados, y hasta colocados en los umbrales de la civilización greco-romana, como los asirios, y luego los persas, la conquista por las armas se explica frente a la necesidad de nuevos mercados para la colocación de productos, aparte del estímulo que causaba el despojo y las gabelas o tributos que debía satisfacer el vencido. Hoy los mercados no se obtienen por las armas, sino por la bondad de los productos. La guerra, pues, aunque sanguinaria y cruel como la entendieron los asirios, o inteligente y práctica como la orientaron los romanos, resultaba una fatalidad económica de que dependía el progreso y la existencia misma de los pueblos. Aún a través de la Edad Media, la guerra tuvo la misión de llevar a espaldas de la extorsión, del pillaje y de la muerte, los progresos de la civilización. Así lo demuestran los árabes al introducir en Europa la brújula, el papel de trapos y la pólvora, por ellos transmitidos desde la China hasta las márgenes del Mediterráneo, derra-

mando a la vez su arte, original y pintoresco, conjuntamente con una refinada cultura, muy superior a la que poseía el Occidente. La Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba, la Giralda de Sevilla, son productos inequívocos de la civilización árabe trasplantada en España. Esta circulación y extensión de la ciencia, del arte, de la industria y del comercio, hubieran sido imposibles en aquellos tiempos a no mediar el incentivo de la conquista, que, con las puntas de las lanzas y el filo de las espadas, sirvió de vehículo al progreso.

Pero pronto la guerra se hace completamente inútil; deja de ser un mal necesario o civilizador, para convertirse en un crimen brutal, explotado por un círculo reducido de mercaderes y privilegiados (1), que ostentan a expensas de la vida de muchos millones de hombres, ya el lujo que les brinda el oro, ya la prepotencia que recogen como arbitros de una situación. Entre tanto, el obrero del cerebro y del músculo, el verdadero productor de lo que es útil al género humano, es el llamado a verter su sangre en defensa de la propiedad, de la familia y del bienestar de aquellos que todavía pretenden sostener un orden de cosas que se derrumba. La razón se subleva ante la persistencia de tal injusticia, que permite al hombre de vida fácil y cómoda escudarse con la existencia del trabajador.

La Revolución francesa, que modificó el orden social, arrancando de raíz los prejuicios infamantes y las corporaciones manciadoras del trabajo, dió gran impulso al progreso industrial; afirmó y amparó la libertad de contratar; aseguró y garantizó la inviolabilidad de la propiedad, y, como premisa de la cual se desprenden lógicamente los derechos y obligaciones que desde entonces imperan, sentó el dogma político de la igualdad de los hombres ante la ley. Igualdad ilusoria mientras no salga del código para introducirse en la vida real de los hechos. Su impresión en letras de molde nada significa, porque adolece de aquel defecto que Anacarsis atribuía a las leyes, cuando aseguraba a Solón que las veía semejantes a las telas de araña, ya que el poderoso y el rico las destruían y solo el débil se enredaba en ellas (2).

Esta contradicción entre la ley escrita y lo que acontece en la realidad es una consecuencia necesaria de la desigualdad económica. Los re-

(1) Sus tipos más perfilados y característicos los tenemos en la casta militar prusiana y en el banquero y el accionista inglés.

(2) Vidas paralelas de Plutarco.

volucionarios que proclamaron los derechos del hombre, no avizoraron con la clarividencia de Marx; no observaron que mientras la tierra, y los instrumentos de trabajo y producción, no fueran propiedad de todos, es decir, de la colectividad, la igualdad de los hombres resultaba un engaño sin contenido real; no se percataron de que si había quienes acumulaban riquezas a costas del trabajo de los demás, adquirirían también el privilegio de imponer su criterio a los que por el hambre buscasen a cualquier precio un pedazo de pan(3).

Sin restar nada a las conquistas sociales legadas por la Revolución francesa, es forzoso señalar su error acerca de una igualdad impracticable y, no obstante, tan cacareada por aquellos que a la sombra de su mentido evangelio explotan la credulidad. Es necesario, pues, fijar la atención en este desacierto, porque precisamente en la propiedad privada de la tierra y los medios de producción es donde se hallan las raíces más profundas de la guerra, y en la desigualdad, que ella perpetúa, el que la mayoría de los hombres sean arrastrados al sacrificio en los mejores años de su vida por intereses ajenos a su propio bienestar.

"Si la tierra, dice un autor, fuera un elemento común sobre el cual sólo se dieran organizaciones para su mejor explotación, ¿cómo cabría la lucha sangrienta siendo propiedad humana, estando la conveniencia de todos los hombres en impedir que fuese objeto de adquisición por individuos o pueblos?" (4). Y está en lo cierto, puesto que los llamados límites de un país no son otra cosa que la línea hasta donde llega su propiedad, hasta donde alcanza la jurisdicción del Estado. El vecino que pretenda alterar esta línea en su provecho provoca inmediatamente la lucha. Extiéndase lo que se quiera este concepto de propiedad; llámesele tierra, oro, mercancías, derechos, o cualquier otra cosa que tenga un valor, será siempre propiedad privada, como asimismo la chispa que encienda el fuego de la guerra.

La desigualdad de hecho que origina la propiedad privada, divide a la sociedad en dos cla-

ses perfectamente deslindadas y, por lo tanto, perceptibles al primer examen: la burguesía y el proletariado (5).

La primera clase, no obstante constituir el 3 por 100 (6) aproximadamente de la colectividad de cualquier país civilizado, ejerce una influencia despótica sobre la segunda, imponiéndole su criterio en todas las manifestaciones de la vida social, por medio de una legislación y de costumbres que responden al sistema económico que es base de su poder.

Esta distinción en clases, producto fatal de intereses antagónicos en acción, y que viene acentuándose de más en más desde las primeras décadas del siglo XIX, es lo que se ha dado en llamar *lucha de clases*.

Su realidad concreta y palpable justifica indiscutiblemente la existencia del socialismo como partido político internacional, defensor de los derechos inherentes al trabajo y expresión genuina del proletariado de todos los países de la tierra.

Como tal, el socialismo trata de destruir las facilidades obtenidas por la clase dominante para complotar y producir guerras: es una de las partes de su misión, y principalísima, desde que se obliga a extirpar uno de los males más calamitosos, surgido de la propiedad privada que sostiene y alimenta el actual sistema económico capitalista.

Bajo este aspecto, y fuera de las consideraciones morales y sentimentales que se puedan aducir, el socialismo rechaza y se opone a la guerra con toda la fuerza que le comunica su capacidad doctrinal. No puede admitir la conquista por medio de las armas, porque ello implica apoderarse de valores que afirman y justifican la propiedad privada de una reducida minoría, del mismo modo que su explotación en perjuicio de una inmensa mayoría. La propiedad se extiende y se arraiga cuando es adquirida y protegida por la espada de un conquistador, y esta mayor influencia y solidez paraliza los progresos realizados por la clase trabajado-

(5) Como el término "burguesía" tiene un matiz particular para los socialistas, que, a pesar de no variar la esencia de su acepción académica, caracteriza con más precisión a la clase dominante, es bueno aclarar el concepto de las expresiones "burguesía" y "proletariado" con las definiciones sintetizadas que de ellas hace Sombart, por ser las más ajustadas al significado que les atribuye el socialismo. "La burguesía, dice, es representante del sistema económico-capitalista; el proletariado es el polo opuesto, la antítesis de la burguesía". (Socialismo y movimiento social).

(6) El 3 por 100 a que me refiero lo integran todos aquellos que poseen una renta mensual de 7.000 \$ m/n. o más.

(3) De ahí la siguiente observación: "El pueblo se ha modificado en algo. La Revolución autoriza todas sus aspiraciones, pero sin permitir que las realice, lo cual acrece día a día su descontento. En este asunto, todavía nos dejamos engañar por las palabras. La igualdad y la admisión de los ciudadanos a todos los empleos no existen entre nosotros a pesar de los derechos del hombre." (La nationalité française, par Jules d'Auriac. Véase el cap. IV, que estudia el fenómeno ampliamente).

(4) El problema social y el socialismo, por P. Pérez-Díaz.

ra la cual es subyugada y oprimida por el dueño de la tierra y el capital. Atacar la guerra, pues, es atacar la conquista de la propiedad privada, impedir su desarrollo y reducir su poder de explotación.

La igualdad, por otra parte, no es una condición que llegue hasta el proletariado: Este, frente al capital, no posee otro derecho que el de la protesta, y aún así restringido, y hasta desconocido cuando molesta demasiado. En consecuencia, ¿qué igualdad puede haber entre hombres con derechos y hombres que no los tienen? La única relación manifiesta es por el contrario la desigualdad, vicio del sistema económico vigente, que presenta al obrero de hoy como el heredero directo del esclavo y el siervo de pasados tiempos, sin otra distinción que la facultad lírica de llamarse libre y como tal morir de hambre.

Más aún; los confabuladores de una guerra moderna llaman a todos los hombres en nombre de la igualdad con el fin de que se batañ para proteger los intereses del país donde han nacido. Pero cualquiera, a poco que observe, notará que los tan decantados intereses se hallan reunidos en manos de una pequeña minoría; que la propiedad, el poder y el privilegio de unos pocos, es lo que en resumen se denomina intereses de un país. Y si el proletariado tiene algunos valores materiales o morales que defender, estos son bien escasos, además de ser muy relativos. No habiendo, pues, igualdad de condiciones y de derechos es injusta y arbitraria la igualdad de obligaciones, muchísimo más cuando se trata de sacrificar la vida en holocausto al bienestar de un pequeño número de potentados.

La senda doctrinaria trazada por los principios del socialismo no debe ser obstruida por las consecuencias de una guerra, porque ellas estancan y retardan las reivindicaciones del trabajo. El socialismo se impone el deber ineludible de oponer todas sus fuerzas al afianzamiento y extensión de la propiedad privada, y a la manifiesta desigualdad que resulta de cargar con idénticas obligaciones a hombres que no poseen los mismos intereses, ni los mismos derechos, ni las mismas esperanzas de renombre, prepotencia o provecho. "La aristocracia militar de Prusia, dice J. Maxwell, y como él muchos otros, tuvo necesidad de la guerra para conservar sus privilegios" (7).

Una vez pasada la guerra a través del tamiz de la doctrina socialista, y examinada, aunque

rápidamente, con criterio sociológico, conviene, como final que no estorba, observar ciertos elementos que impulsan y aseguran su estallido y desarrollo.

El instinto torpe y violento del hombre de las cavernas no es cosa que se haya perdido por completo, surge a la superficie del hombre civilizado apenas se le rasca la piel tersa, blanca y delicada, con que disimula su fiero y tosco origen: su parto se traduce en actos de barbarie, que descienden hasta el destrozo inconsciente del bruto. Esta fuerza de la herencia, aún activa y potente, resiste con terquedad atávica los dictados de la razón; se rebela contra el juicio y la perfección moral del hombre, y, estimulada por palabras cuyo noble o generoso contenido provoca levantados sentimientos, hace que los pueblos se lancen a la lucha inútil y criminal. Así se va al combate en nombre de la patria, de la justicia y de la libertad, y hasta de un dios infinitamente bueno y misericordioso. Se atrae a los hombres como a los insectos hacia la brillante luz que los destruye.

Al hablar de patria, libertad, igualdad y justicia, es indispensable percatarse de que son vocablos que dicen mucho, pero que, las más de las veces, no pasan de ser palabras con las cuales la demagogia realiza sus engañosas seducciones. No en vano se ha dicho: "La sociedad en que vivimos es una rígida aristocracia que tiene el deporte de la democracia". Pero es que no se trata tan sólo de un simple y honesto deporte de entretenimiento, sino de una especulación interesada, que medra a costa de los pueblos que la toleran y se nutre con la acción servil de los lacayos que regimenta.

La herencia ancestral es como un motor de la guerra puesto en movimiento por ciertas palabras de efecto. Los socialistas, pues, debemos saber distinguir lo que, en nuestra cerebración, es una reliquia de nuestros antepasados, y someter nuestros sentimientos llamados espontáneos al juicio de la razón, porque hoy la guerra, como método de triunfo en la lucha por la vida, no obtienen su finalidad, resultando un crimen injustificable. Perdura tan solo como una aberración morbosa del atavismo; como un residuo perjudicial que surge de las profundidades sombrías de nuestra substancia, y que aún palpita sordamente con la persistencia impresa a todos los instintos legados por nuestros remotos antecesores, sin otro resultado que no sea la destrucción y la muerte.

"La guerra es un juego de los gobernantes y una miseria de los pueblos". De la enhiesta planta de esa expresión valiente brota la senci-

(7) "La Philosophie sociale et la guerre actuelle".

lla y pura filosofía de un hombre honrado y sincero. Para compenetrarse de su valor es preciso desprenderse de las almidonadas argucias de una imaginación apasionada, y desenredar la verdad de la falacia con que las palabras pomposas escamotean la realidad. La misión de sembrar la cizaña y el odio entre los hombres es diametralmente opuesta al objeto del socialismo; queda para aquellos que tienen la razón obscura, seca la inteligencia y muerta la voluntad; en ellos obra la sugestión mística de la mentira disfrazada, que aún prospera a expensas de los restos legados por la barbarie del pasado.

II. AUSTIN.

Antecedentes de la Revolución Rusa

I

Va cumpliendo la guerra su lento proceso de muerte y desolación. Derrúmbase poco a poco el artificioso armatoste de un pasado hipócrita, y van quedando los campos, listos para la obra reparadora. Nada se ha iniciado todavía. Pero ya, algunas débiles voces que el cañón ahoga, insinúan acciones futuras. Y por todo el universo, una desorientación enorme desconcierta la menor pretensión de obtener un juicio sobre los resultados inmediatos de la formidable hecatombe.

Desde hace tres años, leemos nerviosamente los telegramas, ansiosos de sorprender un detalle precursor de esa luz que ha de iluminarlo todo, disipando las tinieblas del futuro. Algo hemos logrado.

En los primeros meses del corriente año surgió de tan oscuro fondo, una pequeña luminaria, que titilando incierta en su comienzo, acrecentó más tarde su poderío, para terminar iluminando con su vivo resplandor buena parte del vasto escenario en que se desarrolla la más sangrienta tragedia que recuerde la historia. Y esa luz que a todos nos ha regocijado profundamente, es la Revolución Rusa.

La trascendencia social de semejante acto escapó a todo cálculo por optimista que pretenda ser. Haciendo abstracción de lo que para Rusia representa, no olvidemos que la gran revolución sorprende a la humanidad en un momento, en que ésta puede sacar provechosas enseñanzas de aplicación inmediata. Y removido como está el mundo, no puede haber caído más oportuna esa semilla renovadora que bien pronto brotará henchida de grandes acontecimientos.

Si Mackenzie Wallace, ha podido decir en su época que la revolución social más prodigiosa consumada en Europa desde la revolución francesa, la constituía la liberación de los siervos acordada por Alejandro II en 1861, bien podemos nosotros afirmar sin pedantería ni temor a equivocarnos, que la actual liberación del gran pueblo eslavo, es comparable al suceso histórico del año 1789 por su importancia e innegable influencia en el futuro progreso político y moral de la humanidad. No es esta una afirmación aventurada. Por poco que sea el conocimiento que se tenga de la Rusia actual y pese a su deficiente estado cultural, se convendrá que hay en los actos preliminares y posteriores a la revolución, síntomas que señalan en forma inequívoca que ese pueblo ha de brindar a la historia de la democracia y de la civilización, más de una página memorable y original.

Conviene pues, dar una idea de como se ha preparado la gran cruzada revolucionaria. Es imposible hacer un trabajo serio con material informativo deficiente y pobre. Además, la censura, aliada incondicional de la autocracia, sólo ha permitido la divulgación de lo que no menoscababa su poderío. Sin embargo, en forma reducida, se puede indagar en los años anteriores a la presente guerra, las fuentes más inmediatas del gran movimiento. Tomando por base, por ejemplo, la guerra ruso-japonesa hasta llegar a la actual. Es decir, comentar ligeramente las manifestaciones revolucionarias que en dicho lapso de tiempo se han producido. Y eso es lo que intentaré, con más voluntad que pretensiones.

No es posible dar una idea de los factores que han presionado con más energía en el advenimiento de la revolución. Como en todos los grandes acontecimientos históricos, intervienen en su génesis, diversos e insospechados factores, que ya sea por el momento en que aparecen o cualquiera otra razón, adquieren mayor importancia de la que en realidad tienen. Y sobre todo, cuando el campo en que actúan ofrece la particularidad de Rusia, que une a su enorme extensión territorial, el inconveniente de llevar en su seno los más variados regímenes económicos, como costumbres sociales y religiosas.

Si pretendiésemos hacer un estudio amplio y severo, no podríamos circunscribirnos puramente a los factores más cercanos al acontecimiento en cuestión, sino que nos sería necesario investigar sus orígenes, ir buscando cuidadosamente al través de la historia, los incidentes o mani-

festaciones colectivas que por su carácter puedan ser relacionados con los que determinaron la caída de la autocracia. Y así, quizás, tendríamos que remontarnos a las lejanas épocas de los Vetchiís o Zemskii Sobors, donde rudimentariamente ensayaba el antiguo pueblo eslavo sus aptitudes para el propio gobierno y que nos darían la clave de actos posteriores, que de lo contrario aparecerían aislados sin hilación alguna en la historia de Rusia.

Fenecieron estas especies de asambleas populares en 1642 y hubieron de pasar casi dos siglos para que renacieran en los Zemstvos, que no sólo han preparado el advenimiento de la Duma, sino que ya también en 1904 sus delegados, reunidos en congreso, exigían una constitución.

Razón tenía La Chesnais, en afirmar hace algunos años, que un estudio de la Rusia revolucionaria se hacía casi imposible por la enorme variedad de sucesos que intervienen en su desarrollo. Y no sólo en la variedad estriba el mayor escollo, sino en la particularísima psicología de su pueblo, rara mezcla de lo occidental con lo oriental, que conjuntamente con su atraso, contribuyen a presentarlo aparentemente contradictorio en diversas de sus exteriorizaciones colectivas.

Para dar una idea del atraso que acabo de mencionar y que ha sufrido el pueblo ruso por obra de la autocracia, basta y sobra, como dato elocuente, el siguiente: en 1900 el gobierno consagraba a la instrucción pública el 2 olo de su presupuesto y en 1896 había regiones en que, por cada 6000 niños, había una escuela!

Comprendía perfectamente el gobierno que su estabilidad dependía del grado de adelanto cultural que obtuviese el pueblo y de ahí, esa intención criminal de embrutecerlo, no sólo con vodka, sino también, negándole la más elemental instrucción, como asimismo los medios indispensables para obtenerla. Por otro lado, la religión ortodoxa ha contribuido no poco a ese atraso, con su fanatismo y con la divulgación de principios contrarios a la fomentación de la lectura, por la cual según ella, algunos se hicieron herejes y otros perdieron la razón.

Propagando semejantes ideas, en un ambiente de ignorancia y extrema credulidad y contando con la despreocupación absoluta del gobierno en todo lo referente a la educación del pueblo, puede imaginarse el lector, la forma en que habían de ser recibidas ciertas teorías avanzadas y revolucionarias.

Ha tropezado pues, la revolución en su desarrollo con obstáculos enormes, casi insalvables

y sólo la tenacidad admirable de los unos y el martirio y exaltado entusiasmo de los otros, han podido, ya que no vencer del todo, a lo menos dar conciencia de sus deberes y derechos a una masa suficientemente grande como para apoyar cualquier acto revolucionario. No ofrece Rusia en su enorme extensión ningún accidente geográfico de importancia y si esto ha servido admirablemente para obtener la unidad nacional, ha sido en cambio para la revolución el peor tropiezo que han tenido que salvar sus hombres.

Se une a todo esto, los graves inconvenientes de las diversas lenguas y dialectos en uso, que no sólo imposibilitan la uniformidad espiritual que requiere toda acción colectiva, sino que además fomentan un nacionalismo estrecho y raquítico. Y así, al lado del idioma ruso, el oficial, en el que escriben los grandes literatos y pensadores, rico y ductil, según el decir de los filólogos, en el análisis de las cosas más abstractas, vemos hacer uso de lenguas toscas y primitivas.

El problema religioso se plantea también en forma propicia para secundar el divisionismo ético y político e impedir la propagación de las ideas liberales y modernas. Mahometanos, católicos, budistas, ortodoxos, protestantes, etc., consagrados los unos a cultos fanáticos de ídolos ridículos y comidos los otros por el tormento de un más allá absurdo, inhiben el progreso material e intelectual, suscitando luchas y rencores, que la autocracia atizaba, para hacer más cómoda su brutal tiranía. Como se ve, dentro de semejante ambiente social era como para desesperar de toda evolución política y moral. Sin embargo, una fuerza renovadora invencible, fundía con su ardor, todo obstáculo y rendía las más tenaces resistencias.

A la acción inteligente y eficaz de los partidos socialista-democrático y socialista revolucionario, debe a mi parecer la revolución su éxito sorprendente. Los primeros, más de una vez, dentro y fuera de la Duma, afirmaron energicamente que trabajaban para dar al pueblo plena conciencia revolucionaria. Enorme delito que el Zar condenaba con la prisión, cómo le ocurrió al diputado obrero Kossorotoff, arrestado por haber pronunciado un discurso rebelde a sus electores.

Claro está, que un movimiento tan intenso, nunca puede ser obra de uno o dos partidos. Pero ya tendremos más adelante ocasión de detenernos en el comentario de los diversos partidos y de su acción revolucionaria, y será entonces oportuno aclarar la participación de ca-

da uno en la elaboración de la gran jornada.

Por ahora sólo recordemos de paso, al nihilismo, que si bien por su acción negativa y violenta, no ha podido ser muy útil, ha sido bueno en cambio para producir cierta agitación, que yo no sé si llamarla espiritual, pero que de cualquier manera, ha servido para agitar y remover ciertos grupos sociales. También más adelante comentaré con cierta amplitud este punto interesante.

La literatura en Rusia, no ha sido un simple pasatiempo, para espíritus ociosos como suele acontecer en otras partes, sino que ha resultado el vehículo más admirable para las ideas revolucionarias y de los principios éticos y políticos. Sólo en un momento olvidó su gran misión social, para caer en un precieoismo y rebuscamiento psicológico del que padecieron Tourgenieff, Gontcharov, Tchérnychevsky, etc.

Cada novelista ruso, afirma Ossiep-Lourié, ha surgido de un medio social distinto y nos traen en su obra el espíritu, ideas, costumbres y aspiraciones, del medio que han conocido; y así resulta que la novela rusa en su conjunto, expresa fielmente todos los anhelos de la Rusia revolucionaria. Al través de su soberbio realismo, vemos desfilar retorcidos por el dolor, característica esencial del arte ruso, toda una humanidad inquieta y desesperada. Sobre todo Gorki, que aparece como el creador de la novela proletaria "Madre", puede servir de provechoso ejemplo.

Idéntica cosa ocurre con la música y la pintura, transparentando la primera, conjuntamente con su originalidad y frescura, un fondo de fatalismo asiático hermoso y enigmático, que Soloviev lo admite como una segunda alma en su pueblo. Ha sabido recoger la música rusa el dolor del pueblo en forma impresionante. Por ello es tan revolucionaria como la literatura, porque en sus notas palpitan los anhelos populares.

Es imposible seguir detallando los factores revolucionarios. Sólo he esbozado algunos, los más conocidos, y que, creo son los que han dado al gran pueblo eslavo la elevada noción de sus deberes y derechos.

En el próximo artículo daremos comienzo con la guerra ruso-japonesa que sirvió para poner de pie al proletariado de las grandes ciudades y producir las enérgicas agitaciones revolucionarias del año 1905.

Alejandro CASTINEIRAS.

El Socialismo Imperialista

EN LA ALEMANIA CONTEMPORANEA (1)

Quienes, hallándose en Alemania en el otoño de 1911, cuando el asunto marroquí, hayan podido conversar con obreros o intelectuales germanos, se habrán percatado de un hecho singular. Les habrán asombrado la rareza de manifestaciones por la paz y las múltiples simpatías que entre socialistas encontraba el "golpe de Agadir". Las páginas que van a leerse pertenecen a uno de esos testigos, quien ha tratado de explicarse ese estado de espíritu, que puede ser peligroso. El gobierno alemán, sin premeditar la guerra — creemos — acostumbra explotar con prontitud y hasta el chantage, las debilidades momentáneas y las dificultades pasajeras de las naciones vecinas.

Pero nos ha sorprendido naturalmente ver una importante fracción del socialismo alemán participar en esa afición al chantage. Muchos socialistas de Alemania han experimentado una conmoción después. De ahí lo agudo del conflicto conocido por "Asunto Hildebrand". En lo que sigue, he querido examinar la significación general que el asunto adquiere antes los ojos del socialismo internacional, y para Francia en particular. Se verá que este conflicto estaba incubándose desde hacía tiempo, que no se ha extinguido y que está lejos de reducirse a una simple disidencia sobre fórmulas teóricas. Una notable porción de socialistas alemanes acaba de convertirse al colonialismo, al militarismo, quizá al capitalismo. Conviene conocer sus razones, para saber si ellas tienen probabilidades de éxito.

I. — El congreso de Chemnitz, en septiembre último, eliminó de las filas del partido organizado al conocido publicista Gerhard Hildebrand. Para mí, es realmente lamentable, pero no por las razones que autorizados socialistas han expuesto. Se ha alegado que Hildebrand ha respetado siempre y rigurosamente la disciplina del partido; que sólo sus ideas, expuestas en un ya célebre libro, tienden a modificar alguno de los postulados teóricos de la doctrina

(1) Comenzamos en el presente número la reproducción de este interesantísimo trabajo del socialista francés Carlos Andler, cuya lectura encarecemos y que tiene, entre otros, el mérito de haber sido escrito dos años antes de la guerra. Apareció, por primera vez, en "L'Action National" del 10 de Noviembre y 10 de Diciembre de 1912 y fué reproducido en "La vie ouvrière" (5 y 20 de Febrero y 5 de Marzo de 1913), de donde lo tomamos, dejando constancia de nuestro desacuerdo con algunos conceptos doctrinarios de Andler. Ha sido traducido para la "Revista Socialista" por Guido A. Carrey. (N. de la D.)

socialista; y que la libertad de investigación debería ser ilimitada, sobre todo en un partido de liberación social. Estas razones no me convencen, aún cuando sea Eduardo Bernstein quien las expone. Yo hallo en Gerhard Hildebrand un inmenso talento. En economía política, veo en él el verdadero continuador de Federico List. Pero ello no significa que yo le crea socialista; y me parece elemental que el partido socialista tenga el derecho de pronunciar la exclusión de un miembro, cuyas convicciones, aún tratándose de una investigación científica sincera, han evolucionado hasta hallarse en conflicto con las doctrinas fundamentales adoptadas por los congresos. No hay allí ningún "boicot" injustificado, sino el uso de un derecho de control necesario. El inconveniente que presenta lo resuelto en Chemnitz es de otra naturaleza. Hildebrand es uno de los más brillantes redactores de la *Socialistische Monatshefte*, revista que, sin ser órgano oficial, es sin duda el periódico más interesante y más científicamente palpitante del partido socialista alemán. Numerosas protestas habíanse publicado anticipadamente en la revista contra una posible condena. Ellas continúan allí y en otras partes. El veredicto de Chemnitz es rechazado por el ala derecha del partido, por todo el llamado "revisionismo". Se trata de una fuerza creciente, que comprende a las cabezas pensantes del partido y que por su influencia dará cuenta muy pronto de los dómicos acrimoniosos que aún esgrimen su férula en la "Neue Zeit". La decisión del reciente congreso trata, pues, de disimular la verdadera situación del socialismo alemán. Es inútil condenar a Hildebrand, si un efectivo creciente de miembros del partido opina como él, y desde este punto de vista, el veredicto es un error que traerá consecuencias ingratas. En cuanto a nosotros, nos falta saber con qué especie de socialismo alemán tenemos que vernosla.

Yo hallo mucha verdad en los principios de Hildebrand. Algunas de las previsiones por él extraídas de los hechos hoy observables, me parecen fundadas. La exactitud y extensión de los conocimientos de los doctrinarios jóvenes del novel socialismo, los colocan intelectualmente muy por encima de los viejos cancerberos que cuidan aún de los antiguos dogmas. Pero estos viejos rezagados, que vivieron los años heroicos de la ley de excepción contra el socialismo, si tenían menos ciencia, tenían frecuentemente un concepto más justo de lo que debería ser una humanidad socialista. Este concepto, hasta en Bebel empezó a debilitarse más

tarde; y en Kaustky ya no hay las displicentes palinodias ni las altisonantes controversias. Sin duda, ante una mirada de reconvención de Rosa Luxemburg, éste vuelve pronto a los buenos principios. Sin embargo, la belicosa amazona del socialismo polaco no puede ser omnipresente, y la línea política de la "Neue Zeit" converge entonces hacia el oportunismo. Por otra parte eso no impedirá a los jóvenes acariciar la constitución de su socialismo negociista, militarista y colonial. Más de una debilidad en el pensamiento vagoroso de los viejos les sirve de excusa. Llegan hasta parapetarse tras las citas de Marx o de Lasalle. Hacen con ellas un abrigo, tras el cual desfilan y avanzan con un conocimiento profundo de su táctica. El voto de Chemnitz no es, por lo tanto, tranquilizador sino en apariencia. Se elimina a Hildebrand del partido, pero quedan en éste todos los que piensan como él. ¿Qué significa esta socarronería o esta ceguera? Ahora bien: la paz del mundo puede ser afectada por la actitud de la clase obrera en materia colonial y militar.

II.—La obra de Hildebrand compónese de dos libros, uno grande y uno pequeño: 1o. "Die Erschütterung des Industrieherrschaft und Industriesozialismus" (Sacudimiento de la preponderancia de la industria y del socialismo industrial) 1910. 2o. "Sozialistische Auslandspolitik"; (Política exterior socialista). 1911. Con numerosos artículos de revistas, Hildebrand ha preparado, comentado y completado su doctrina. En el grupo de que forma parte, se nota la ambición de trabajar por una renovación integral de la doctrina socialista. Hay allí el conocimiento de cuestiones que el socialismo alemán, lo mismo que el nuestro, tenía la cómoda costumbre de ignorar. Atribuyo capital importancia a que la tarea de "revisión" del viejo marxismo se efectúe con método. Las fórmulas apriorísticas de los viejos doctrinarios, no pueden conducir más que a la inmovilidad. Sería particularmente de suma importancia que los partidos socialistas de los grandes países de Europa, tuvieran en política exterior y colonial esas ideas claras que les faltan. Pero es necesario que la esperada renovación no se haga mediante compromisos con ideas que el socialismo ha desechado siempre, para no faltar a su misión. Habría que evitar el hecho de que la única novedad del nuevo socialismo fuera el escándalo. El socialismo tendrá que modificar más de una de sus doctrinas, bajo la presión, talvez desagradable, de verdades científicas que hoy desconoce y verase obligado a pedir a otros partidos cierto caudal de ciencia social, en el terre-

no donde haya sido superado; pero podemos anticipadamente pronosticar que sería borrado del número de las potencias morales, que deben darnos el nuevo mundo de mañana, si volviera a adoptar los procedimientos políticos de ciertos partidos, a los que, por su razón de ser, debe dar la espalda.

Yo, si bien coincido con muchas ideas territoriales de los jóvenes socialistas, rechazo sus conclusiones. Convengo en que la economía social debe ser ante todo "la ciencia del desarrollo de las fuerzas productivas (1)" y la práctica social debe tender al desarrollo rectilíneo de esas fuerzas. La supervivencia de fuerzas conservadoras y la inercia humana pueden retardar con movimientos oscilatorios harto frecuentes este movimiento de avance. Hildebrand cree justamente que es inútil diluir con sofismas una dialéctica causante de antagonismos artificiales, verdaderos zigzag de la historia. Y de estos sofismas hay muchos en el pensamiento lassallista, marxista o prudhoniano. Pero ya Marx en su "Manifiesto comunista" dejaba comprender que la "lucha de clases" era transitoria y que las mismas clases dirigentes algún día tendrían interés en no obstaculizar el desarrollo de las clases obreras. Lassalle, en su "Die Wissenschaft und die Arbeiter", había llamado la ciencia en auxilio de los obreros, y, viceversa, en su "Arbeiterlesebuch" propone fincar la fuerza real de los batallones obreros sobre el ideal político de los liberales intelectuales. Hasta la pequeña burguesía, no hay clase que Lassalle no espere arrancar a su letargo. Es un verdadero pensamiento de hombre de estado, pues una política de integración que, aún en épocas de lucha y cuando los intereses de las clases se oponen unos a otros, levanta los intereses de la nación contra los de las clases en guerra, es encomiable. Lassalle pensaba con razón que sólo tal política llevaría a la democracia socialista a la plenitud de su potencia. No se le puede reprochar a un teórico, preocupado de evitar la estrechez marxista y la marcha contra los hechos actuales y visibles tendencias de desarrollo, y partidario de la "realización de una humanidad única", que el primer cuidado que él considera conveniente sea el de la unidad nacional (2). Creemos, pues, ser tolerantes. Pero, si nos vemos obligados a rechazar las conclusiones prácticas de Hildebrand y de los re-

formistas que le acompañan, ¿se nos tildará de intransigentes? Opinamos que tales conclusiones, por su naturaleza, tienden a agravar los malentendidos nacionales por la fuerza que la adhesión de las masas obreras alemanas podrá imprimir a tales tendencias, y las consideramos contrarias a los principios e ideales en que pretenden inspirarse.

La idea central del libro de Hildebrand es que la prosperidad de las clases obreras depende de dos condiciones: 1o. un desarrollo de la producción industrial continuamente de consumo con la población; 2o. una extensión de suelo suficiente para alimentarla y vestirla. Pero, según Hildebrand, la existencia de estas dos condiciones no será posible durante mucho tiempo; y aquí él coincide con el pensamiento de List. Todos los países agrícolas se industrializan, es una ley determinada por el aumento de población. ¿A donde iría a parar el excedente de campesinos, sino en la industria, a no ser que prefiera emigrar?

Pero la patria aldeana tiene interés en conservar esta población que está a punto de abandonarla y por ello crea sin demora la industria donde aquella hallará ocupación. Los implementos que necesita y el lujo a que aspira se satisfarán mejor con esta industria creada en su mismo seno. Su producción agrícola se colocará más ventajosamente sobre este mercado interno ensanchado. Es la historia de los Estados Unidos, agrarios en un principio y que importaban de Europa la maquinaria para sus campos y los productos manufacturados. Pero en seguida vino la producción industrial americana que sobrepasó a la europea, y que alguna vez le hace competencia en sus mismos mercados. La historia de Prusia no difiere de aquella. Aunque parezca una paradoja, Federico, para levantar la agricultura, creó manufacturas, medios de transportes, bancos; la industria, la finanza y el tráfico fueron los medios más eficaces para estimular la producción agraria. Un régimen agrario necesita, pues, una superestructura industrial, pero es necesario que ésta no se desarrolle en demasía. Hay un límite tras el cual las subsistencias se encarecen y resultan insuficientes. Es la época del industrialismo puro. Nuevas conmociones, cada vez más profundas, arrancan a la población agrícola efectivos que serán arrojados a la industria. Hasta en Francia, país de lento desarrollo, la clase obrera que en 1901 formaba el 40 por 100 de la población, en 1911 formaba el 45 por 100. Los desplazamientos son mucho más vastos en Inglaterra y Alemania.

Resulta, pues, que esos países industriales necesitan, para comer y vestir, valerse de la producción de afuera. La superficie cultivable que les hace vivir se prolonga infinitamente más allá de su territorio. La tierra arable de Francia está situada en buena parte en Africa; la de Alemania en Rusia, Hungría, Brasil, China, Argentina. Es así como la Europa resuelve la cuestión actual de la superproducción industrial, de la escasez de víveres y del encarecimiento de la vida. Ella paga con productos industriales el trigo, artículos coloniales, los frutos, los aceites, el algodón, la lana, la seda, la goma que le faltan. Nada mejor que esto si los países nuevos pueden absorber todo el exceso de la producción industrial europea, en cambio de su exceso de producción agrícola convenientemente asegurada. Pero la ley de crecimiento que ha regido el desarrollo de los pueblos industriales de Europa, empieza a regir también en los países nuevos.

(Continuará)

Carlos ANDLER.

El concepto de la patria

La expresión corriente del concepto de patria nos la define como el suelo donde se nace. Examinada objetivamente esta noción, aplicando el método que Durkheim preconizara para la sociología, de considerar los fenómenos sociales como si fueran cosas, pronto el análisis demuestra su inconsistencia racional. De los dos elementos que la integran ninguno reviste para el investigador desprovisto de prejuicios el valor que generalmente se les asigna. El nacimiento no siempre coincide con el suelo para determinar la formación del vínculo patriótico. Los fenómenos migratorios, particularmente acentuados como acontecimientos normales en los tiempos modernos al impulso de las condiciones económicas, han motivado el arraigo de millares de hombres en otros países que el de su origen, y una institución de derecho público, la naturalización, ha venido a tener múltiples y universales aplicaciones, sobre todo en América, donde la adopción de una nueva nacionalidad, de una segunda patria, es un hecho frecuente. Un tercer elemento, pues, sustituye en muchos casos al elemento biológico precitado en la formación del vínculo patriótico, con la indiscutible superioridad sobre el nacimiento en cierto lugar de ser la resultante de un acto libre y no de un fenómeno natural ajeno en absoluto a la voluntad del in-

dividuo. Y tan extraordinario es que dependan de tal hecho los sentimientos de amor a la patria, que se ha querido extender la acepción gramatical del término y comprender dentro de él la iniciación de la vida, el despertar de las primeras tendencias, el recuerdo, en fin, de los años de la infancia; pero la repercusión de todo esto a través del tiempo es de orden puramente interno, afectivo, y ajena por tanto a la cuestión de que tratamos.

El suelo en el significado que la definición recordada le asigna, no es la pequeña porción material de espacio en que el nacimiento se produce, sino la extensión territorial limitada por las fronteras nacionales. Como en este sentido puede ser considerado de múltiples puntos de vista, cabe preguntarse a cuál ha de atenderse. No es a sus condiciones naturales. Ninguna patria tiene el monopolio de la tierra fértil y rica ni de la hermosura del paisaje y si los argentinos, por ejemplo, apreciamos el rendimiento de la agricultura por la buena calidad de los campos o admiramos con honda emoción estética la belleza de los lagos patagónicos, no desconocemos la igual o superior productividad de otras regiones del mundo, ni dejamos de sentir el espectáculo del sol de media noche en los helados parajes del Norte de Escandinavia. No es tampoco del punto de vista económico. La propiedad, soporte fundamental de la sociedad capitalista, en cuyos moldes está plasmada la organización de todas las naciones civilizadas, es una institución de derecho privado que tiene por sujetos a una escasa minoría de los habitantes de cada país, en tanto que el resto están en la condición jurídica de simples arrendatarios, situación precaria, subordinada al interés, la voluntad o el capricho del propietario y que no liga al hombre en forma permanente al suelo.

El nacimiento ni el suelo no son, pues, los elementos básicos de la patria. Otros factores se han buscado y la tradición, la comunidad de raza, el régimen legal, han aparecido. La reflexión más superficial destruye las hipótesis que en ellos se fundan, y nosotros, que vivimos en un país donde por los datos que nos suministra la observación diaria no precisamos prolijas investigaciones para comprobar que alrededor de la bandera argentina se agrupan en los cuerpos del ejército nacional descendientes relativamente puros de latinos, anglo-sajones, eslavos, tentones e indígenas, hombres de todos los credos y que no tienen ninguno, sólo vamos a detenernos en los dos factores en apariencia más exactos: la tradición nacional y el régimen legal. El primero comprende la rememoración de los aconteci-

(1) Es por esto que atribuyo tanta importancia socialista a Federico List, en un tiempo en que sólo veían en él al teórico del proteccionismo. V. mi "Orígenes del socialismo de Estado en Alemania" 1897, 2a. edic. 1910.

(2) Gerhard Hildebrand "Die Entwicklung der Produktivkräfte", etc. (Sozial. Monatshefte, 1912, No. 11).

mientos considerados buenos y el mantenimiento de su vivo recuerdo en la conciencia del pueblo. Es, en otras palabras, la solidaridad con los antepasados, que por trasponer los límites nacionales para extenderse hasta los del mundo civilizado y perderse en las profundidades de la historia no puede identificarse con el concepto de patria. Tanto han contribuido al bienestar de que hoy gozamos los hombres que han luchado y trabajado en este suelo como los numerosos genios extranjeros de todos los países y de todas las épocas que por sus investigaciones, sus descubrimientos, sus inventos o sus obras maestras de la literatura y del arte han formado el caudal de los conocimientos humanos.

En cuanto al régimen legal, es la expresión jurídica del estado, cuya diferenciación con la nación, a la cual se refieren los sentimientos patrióticos, es fácilmente perceptible. El sistema federal de gobierno se caracteriza por la existencia de varios estados autónomos que delegan en el estado central ciertos poderes, invariablemente la dirección de las relaciones internacionales, pero retienen la facultad de legislar exclusivamente sobre muchos puntos, de modo que ciudadanos del mismo país, que reconocen una patria común, se hallan sometidos a regímenes legales distintos según la provincia donde residen.

Si bien ninguna de las soluciones propuestas es satisfactoria: las patrias existen, son realidades, que recordando por una parte los antecedentes de la formación de cada una de ellas, previendo por otra su ulterior evolución, podemos decir que son las resultantes de largos y complejos procesos históricos, sin caracteres definitivamente fijados y ajenas a todo concepto de entidad mística o sagrada. Este es el hecho que debe relacionarse con la teoría y la acción socialistas. Establecido que la historia es una lucha de clases, en su estadio actual entre burgueses y proletarios, el socialismo, afirmación hoy de los intereses de éstos y aspiración para el futuro de la igualdad de las clases sociales por la desaparición de privilegiados y oprimidos, deduce de la universalidad de tales condiciones su carácter internacional. Movimiento de progreso, solidario de cuanto acontecimiento vinculado al progreso haya tenido o tenga lugar dentro de los límites de cada país, junto al amor a la patria coloca el amor a la humanidad, que no excluye a aquél cuando se concreta en manifestaciones justas, pero que si lo repudia al aparecer bajo múltiples formas de las cuales ejemplo típico es el proteccionismo aduanero para el fomento de industrias nacionales parasitarias o el

aumento indefinido de los armamentos navales y militares por mera emulación o bastardos intereses.

En otros términos, el socialismo reconoce las patrias como un hecho actual y no puede lógicamente ser antinacionalista en el sentido de despreciar y trabajar contra determinados grupos que son fracciones de esa humanidad, cuyo mejoramiento integral persigue. Concibe el patriotismo de manera tan distinto a la común que tal vez es su negación. Se propone, en efecto, elevar la capacidad mental y física de cada grupo regional en cuanto al hacerlo tiende a conciliar a todos los hombres convirtiéndolos en copartícipes de una armónica vida colectiva mundial, que no se vea turbada por diferencias de nacionalidades o de razas, finalidad antagónica a la de pretender erigir a la propia patria en centro de predominio.

— Graciano RECA.

Las Empresas y nuestra política ferroviaria

I.

Los gerentes de las empresas ferroviarias se han dirigido a la cámara de diputados haciendo observaciones a la ley de jubilaciones y pensiones de empleados ferrocarrileros; y solicitando — porque esto es lo que realmente desean — que sea derogada. Simultáneamente han comunicado a la Dirección General de Ferrocarriles que a partir del 15 de diciembre próximo todas las tarifas serán aumentadas en un veintidós por ciento. Hay que tener presente que no ha mucho la mayoría de los ferrocarriles del país aumentó las tarifas de tráfico local en un diez por ciento, de modo que el aumento verdadero producido en un plazo relativamente breve sería más de treinta y dos por ciento.

No nos atrevemos a pronosticar cuales serán los resultados de la doble actitud de las compañías ferroviarias. Nos resistimos a creer que nuestro parlamento acepte inclinarse servilmente ante estos capitalistas cínicos y altaneros, que consideran al país como colonia de mestizos incapaces. Pero mucho tememos de la debilidad e inseguridad de un gobierno, que frente a muchas cuestiones de capital importancia, se ha mostrado vacilante e irresoluto; que ha temido malquistarse la voluntad de los azucareros criollos, y que ha de tener miedo al poder de los capitalistas ferroviarios ingleses y franceses más poderosos que aquéllos.

Se afirma que la Dirección General de Fe-

rocarriles ha contestado a las empresas objetando tímidamente el aumento anunciado y solicitándoles que documenten las razones en que se fundan para establecerlo. También se sabe que los representantes de varias corporaciones comerciales y financieras se han manifestado decididamente contrarios al mencionado aumento de tarifas, calificándolo rotundamente de "explotación".

El asunto en sí mismo reviste tan extraordinaria gravedad, que la preocupación y la intervención del país y de los poderes públicos se imponen rápidas, enérgicas y decisivas, con el objeto, no sólo de evitar este nuevo atropello a los intereses y dignidad colectivos, sino de fijar y defender una política ferroviaria sincera, democrática y moderna.

II.

La historia de los ferrocarriles argentinos compónese de una serie de vergüenzas nacionales. Ellos han sido siempre los verdaderos gobernantes del país. Nuestros gobiernos, — encarnación casi siempre de un repulsivo jingoismo — no por eso han dejado de temblar cobardemente ante los representantes de las compañías ferroviarias inglesas, que sistemáticamente nos han tratado como a pueblo conquistado, factoría o colonia indígena. Los ministros de obras públicas han sido todos abogados de las empresas, y desde su puesto han defendido con uñas y dientes los apetitos desenfrenados de éstas, con perjuicio de los del país. Debido a la protección descarada del gobierno y a los eficaces defensores que siempre ha tenido en ambas ramas del parlamento, el capitalismo ferroviario ha hecho su agosto en nuestra tierra; sus ganancias han sido fabulosas, si bien ilegítimas, contribuyendo a su ilegitimidad la frecuencia con que ha violado las leyes del país.

Los verdaderos gobiernos de la República Argentina no residían aquí sino en Londres. Nuestro poder ejecutivo no estaba en manos de ciudadanos argentinos mal o bien elegidos, sino en los directorios londinenses de las compañías ferroviarias, quienes, si no conocían bien al país, conocían perfectamente a sus gobernantes, y desde la "city" les dirigían órdenes terminantes, como a lacayos de confianza, acompañadas por supuesto de la consabida dádiva. No es de extrañar por lo tanto que todos nuestros ministros de obras públicas se hayan tan patrióticamente enriquecido.

A pesar de todo ello, las empresas nunca han tratado de armonizar sus intereses — en lo que

tengan de legítimos — con los del país, que son los de la producción, y por ende los del pueblo consumidor. Ni siquiera han tratado de vincularse a la tierra donde tantas ganancias realizan sus accionistas. Su obra ha sido una explotación sistemática. Sus servicios han resultado siempre malos y caros; las reclamaciones del público continuamente desatendidas. Las oficinas "ad hoc" de los ferrocarriles tienen miles de expedientes iniciados por reclamaciones que casi siempre son resueltas desfavorablemente, aún en los casos en que la más indiscutible razón le asiste al ciudadano que se ve obligado a servirse de los ferrocarriles y cree que las leyes ferroviarias de la república sirven para algo. Hay reclamaciones de todas clases y por los más variados motivos. Pérdidas o faltas de mercaderías, demoras enormes en los transportes, aforos equivocados a sabiendas, "estadías" y "almacenajes" originados por la negligencia exclusiva de las empresas y exigidos, quiera o no quiera, a la clientela obligada, recargo de gastos no autorizado por ninguna concesión y categóricamente prohibido por la ley en vigencia: de todo hay en la viña del señor. Las empresas han adoptado el sistema de la chicanería para agotar la paciencia de los que reclaman y no es raro el caso de tramitaciones y expedientes que se arrastran durante años, terminando por ser archivados, y si el perjudicado, con un tesón no muy frecuente por cierto, acude en queja ante la Dirección General, ésta adopta por lo común una actitud pilatesca, limitándose, en el mejor de los casos, a declarar que la queja "está bien fundada".

No hablaremos de las tarifas actuales, ya elevadas, que encarecen la producción de un modo exorbitante, a tal punto que ciertos productos forestales del norte, una vez llegados a esta capital, resultan encarecidos en cien, ciento diez y ciento veinte por ciento sobre su valor en el punto originario. Ni hablaremos tampoco de la escasez de material rodante que origina el hacinamiento de mercaderías en los puntos de recepción y acarrea enormes perjuicios a la producción, principalmente durante la época de las cosechas, de las safras y de la producción excepcionalmente intensa de ciertos productos, como ocurre ahora con la leña de madera dura de las provincias del norte y del Chaco Austral.

Pero si ante el público adoptan los ferrocarriles la actitud de un ejército expedicionario que llega en son de conquista ¿qué diremos de sus relaciones con el personal que las sirve, que contribuye con su labor a amasar las fortunas de que disfrutaban los accionistas europeos? Si escu-

chamos a las empresas, nadie como ellas se interesa tan afanosamente por la suerte de los obreros y empleados que están a su servicio. En el jesuítico memorandum dirigido a la cámara de diputados, refiriéndose a la ley de jubilaciones, manifiestan que "no han permanecido ni permanecen indiferentes ante la situación en que la edad y la invalidez colocan a sus servidores". Y agregan: "No hacemos otra cosa que mostrar nuestro anhelo de cooperar libremente, dentro de la autonomía que nos garantizan las leyes y contratos, al establecimiento de una legislación de jubilaciones y pensiones que respetando nuestros derechos, concilie las aspiraciones comunes de empleados y empresas". Y para corroborar la sinceridad de tan plausible manifestación, piden a la cámara tales cosas, que de concedérselas, quedaría la ley en cuestión de hecho derogada.

La ley de jubilaciones — con todas sus deficiencias e imperfecciones — responde a la apremiante necesidad de asegurar y amparar el porvenir de los que han dedicado los mejores años de su vida al servicio de las empresas ferroviarias. El derecho de los trabajadores a ese beneficio no se discute ya en ningún país medianamente civilizado. Si la ley tiene partes malas, si hay en ella artículos como el 11º que desvirtúan o tergiversan su finalidad, ello débese a las arterías de las mismas empresas, que mediante sus portavoces en el parlamento han conseguido desmedrar maliciosamente su alcance. Pero, así y todo, esa ley les molesta, puesto que según ellas, implica "quitar a las empresas la dirección y administración de sus negocios, poniéndolas en manos de organismos oficiales, a los que se atribuye la reglamentación del trabajo del personal, la fijación de sueldos, derechos al ascenso, movilidad de los empleados y obreros, etc. etc." asuntos en que las ensoberbecidas empresas no admiten ni la sombra de la intervención oficial, aún cuando se trata de servicios de naturaleza peculiar.

Esta modalidad de las empresas ferroviarias extranjeras en la República Argentina nunca ha sido óbice a que se les dispense una protección y se les otorguen unas prerrogativas y franquicias que no han conseguido hasta ahora en nación alguna. La ley n.º 5315 del 1.º de octubre de 1907, promulgada por el ex-presidente Figueroa Alcorta y refrendada por el entonces ministro de obras públicas y defensor de las compañías doctor Maschwitz, declara, por ejemplo, libres de derechos de aduana los materiales y artículos de construcción y explotación que se introduzcan al país y exonera a las compañías

de todo impuesto nacional, provincial y municipal, fijándoles tan sólo una contribución única de tres por ciento sobre el producto líquido de sus líneas. El producto líquido se establecerá "reconociéndose como gasto el sesenta por ciento de las entradas". (art. 8º).

El artículo 9º de la ley mencionada establece que el capital de las compañías "será fijado por el Poder Ejecutivo al abrirse las líneas al servicio público, y no podrá ser aumentado sin consentimiento del mismo". Pero las compañías aparentan tener un capital enormemente superior al verdadero "aguando" éste de una manera asombrosa, con lo cual logran dos fines, a saber: disimular la renta efectiva del capital empleado y extorsionar al país en el caso de expropiación a que se refiere el artículo 16 que dice: "La Nación se reserva el derecho de expropiar en cualquier tiempo las obras concedidas, por el monto del capital reconocido, aumentado en un veinte por ciento".

Con lo expuesto hay motivos sobrados para convencernos de que aquí tienen un verdadero Eldorado las compañías ferroviarias.

III.

En la nota dirigida a la cámara de diputados, los gerentes de ferrocarriles hacen unos cálculos fantásticos para llegar a la conclusión de que el aporte que la ley fija a las empresas, las obligará a reservar anualmente la suma de 40 millones de pesos moneda nacional, y esto "implicaría lisa y llanamente colocarlas en una situación sin otra salida que la bancarrota".

A renglón seguido presentan un pretendido examen de la situación económica de los ferrocarriles del país, para infundir en los legisladores la convicción de que la disposición de la ley de jubilación reducirá en la mitad las ganancias líquidas de las empresas. Afirman además que la remuneración del capital ferroviario (aguado) llegará a ser tan exigua que colocará a todas las empresas en la imposibilidad de atender al servicio de sus debentures.

Y aquí viene lo interesante. "Se pensará tal vez — dicen los gerentes — que las empresas pueden resarcirse del gravamen que se les impone elevando sus tarifas en forma de obtener una cantidad más o menos equivalente al valor que él representa; pero tal expediente es susceptible de las más serias objeciones, no sólo del punto de vista del interés de las empresas, sino de la economía general del país". Pero, por lo visto, estos señores acostumbran borrar con el codo lo que escriben con la mano, pues simultáneamente comunican a la Dirección Ge-

neral de Ferrocarriles que elevarán sus tarifas en un 22 por ciento a contar desde el 15 de diciembre próximo, con toda despreocupación de las *serias objeciones* que ellos mismos prevén y de la *economía general del país* que aparentan defender.

Las cifras, sin embargo, nos hacen desconfiar de lo que manifiestan con tanto desparpajo los gerentes de ferrocarriles. Las entradas brutas de éstos han aumentado constantemente en los últimos tres años, a pesar de la guerra europea y la crisis económica. El siguiente prospecto lo demuestra:

Año 1911	\$ 265.414.243
" 1912	" 300.135.484
" 1913	" 318.461.827
" 1914	" 261.607.225
" 1915	" 284.164.988
" 1916	" 294.352.397

Ahora bien, si tomamos como base para el cálculo del anunciado aumento de veintidós por ciento, las entradas brutas del año 1916, tendremos un recargo de gravamen sobre la producción argentina de casi sesenta y cinco millones de pesos, sesenta y cinco millones que al final de la jornada significarán una nueva traba al consumo del pueblo trabajador, una imposición más a su hambre y necesidades; sesenta y cinco millones echados a las fauces siempre abiertas del insaciable Moloch ferroviario. Pero, como todo nos hace prever que la próxima cosecha será excelente, no sería antojadizo efectuar nuestro cálculo sobre la entrada de 1913, lo que daría por resultado un recargo de setenta millones de pesos que el país debería abonar a los capitalistas ingleses, sólo porque a éstos se les ocurrió exigirselos.

Pero no caben dudas acerca de la estrecha relación que hay entre la solicitud dirigida a la cámara de diputados y la comunicación pasada a la Dirección General. No nos atreveríamos a afirmarlo categóricamente, pero presumimos que el aumento anunciado no es sino un "bluff" o espantajo destinado a impresionar al público y a los legisladores, para que la ley de jubilaciones fracase miserablemente y queden las empresas eximidas del aporte que por justicia les corresponde.

Más no lograrán sus propósitos, no deben lograrlos.

IV.

El partido socialista no puede mirar con indiferencia esta cuestión. Debemos tener una política ferroviaria, como tenemos una política

fiscal, educacional, militar, religiosa, agraria, industrial, comercial, clara y concreta, basada en las necesidades de clase del pueblo trabajador.

Nuestro programa socialista establece como finalidad la nacionalización de los ferrocarriles; pero mientras llega ese momento, mientras las condiciones ambientales no hagan factible la realización de ese postulado, mientras el estado argentino siga siendo pésimo administrador, debemos proponer y apoyar todas las medidas que, de acuerdo con la "realidad actual" de las cosas, encarrilen la política ferroviaria en sentido democrático, moderno y científico, sustrayéndola al estado de marasmo y vergüenza a que la ha conducido la criminal inconciencia de la oligarquía criolla.

Es necesario fijar claramente el derecho del Estado a intervenir cada vez con más frecuencia y eficacia en la dirección y administración de las empresas que explotan servicios públicos, reduciendo paulatinamente su autonomía, en el interés colectivo, y esto sin propósitos agresivos y sin acometividades inoportunas y antipáticas. Y es necesario también proceder con firmeza cuando las mismas violan las leyes, como en el caso de los aumentos de tarifas, que no pueden llevarse a cabo sin la aprobación de la Dirección de Ferrocarriles, y que sin embargo se producen sin esta aprobación, limitándose las empresas a "comunicarlas" sencillamente.

Y en el caso presente, hay que impedir el atentado a la ley de jubilaciones y pensiones que los ferrocarriles pretenden perpetrar en perjuicio del proletariado ferroviario, y el anunciado aumento de tarifas que no es más que una monstruosa expropiación intentada contra el pueblo consumidor.

Pero si el gobierno y el parlamento fueran incapaces de poner coto a la desmedida codicia del capitalismo ferroviario, el pueblo trabajador debería valerse de otros medios eficaces para obligar a las empresas y a los poderes públicos a cumplir con su deber.

Guido Anatolio CARTEY.

Sobre juventud Socialistas

Es importante que todos los afiliados al Partido comprendan claramente cuál es la cuestión que deben resolver con el próximo voto general, si éste se llevara a cabo. Es fundamental, para ello, explicar claramente el asunto, pues, para muchos que lo desconocen, ha de pesar, de

antemano, la opinión, hecha pública, de algunos miembros que desempeñan funciones de mucha responsabilidad dentro del Partido, por la propia autoridad moral que para los afiliados al Partido tiene esa opinión. Es un problema serio, que lastera derechos y principios, en cuya defensa, nadie mejor que los socialistas debemos estar dispuestos a meditarlo con debida serenidad y amplitud, antes de adoptar una resolución definitiva. Se proyecta, en síntesis, que los afiliados al Partido Socialista no lo pueden ser de las actuales Juventudes, estableciendo así una incompatibilidad entre dos agrupaciones que se complementan, identificadas en sus aspiraciones y procedimientos. Antes de entrar al fondo de la cuestión debemos despojarnos de la parte "afectiva" o personal que, por hábito, influyen en nuestras determinaciones.

El socialismo, como cualquier doctrina, ha de ser impersonal y de principios si es que aspira a más subsistencia que la vida de un hombre o de un grupo. Como en la inmensa mayoría de los hombres los actos obedecen más a lo afectivo que a lo reflexivo es interesante repetir esta simpleza, pues aún muchos de los que suponen vivir con el pensamiento, sólo lo hacen con la pasión.

Conveniente es, pues, controlar nuestros propios juicios, hasta asegurarnos que perseguimos propósitos realmente amplios y es prudente estar advertido de nuestra propia naturaleza pensando con el fin de contener a tiempo y echar a un lado el exceso de pasión que muchas veces hacemos entrar en nuestros proyectos o resoluciones. Las conveniencias de un día y de un lugar, deben posponerse a las conveniencias de muchos lustros y de todo el globo.

Estos principios generales orientan siempre nuestra conducta. Y tomándolos como base, los aplicaremos al análisis de la proposición sometida al voto general.

¿Qué es una juventud socialista? ¿Qué rol desempeña en el gran número de cuestiones que el socialismo integral abarca? La respuesta la da categóricamente el artículo 1.º del estatuto de la Federación de Juventudes, que juzgo oportuno transcribir, porque, ergo que muchos afiliados, y especialmente los del interior del país, lo desconocen. Según él, las Juventudes se proponen:

a) Difundir los principios fundamentales que en materia política, económica y social, informan la doctrina científica del socialismo internacional.

b) Combatir el militarismo en todas sus ma-

nifestaciones, organizando conferencias y campañas que darán a los jóvenes una idea clara de su naturaleza y rol social.

c) Contribuir a la organización y desarrollo de las instituciones económicas y gremiales que constituyen un medio de acción socialista.

d) Propender a la elevación mental del proletariado, organizando bibliotecas, conferencias y cursos científicos.

e) Contribuir con sus fuerzas a la intensificación de las agitaciones que realice el Partido Socialista.

f) Auspiciar y celebrar actos públicos tendientes a crear Juventudes Socialistas en toda la República."

¿Se atrevería algún socialista a considerar incompatible ser afiliado al Partido Socialista y sostener, con el vigor que pueda una entidad juvenil cuyos fines son tan nobles, tan altos y tan mediatos, si se quiere? El que viera incompatibilidad entre los incisos anteriores y un carnet de afiliado o demostraría no haber leído siquiera el estatuto del Partido o acariciaría en su mente el deseo de modificarlos substancialmente, día más, día menos.

Yo no entro a discutir lo que de modificable tenga el estatuto. Afirmando simplemente que mientras el socialismo sea lo que entendemos la mayoría que es, tal incompatibilidad, lejos de existir, debe repudiarse. Juzgo, pues, baladí entrar a demostrar con cuan buena acogida deberíamos los socialistas recibir a una Juventud, en su inmensa mayoría proletaria, que se retira del vicio (a que se prestan su medio y su edad) para dedicarse a asimilar ideas y a cultivar ideales, que de hacerlo en forma clara y a tiempo, les serán personalmente de la mayor utilidad y beneficiará, en el más alto grado a la sociedad, ya que ésta, cuando se gobierna democráticamente, encuentra su base más fuerte en la conciencia de los ciudadanos que la forman.

Pero, aún coincidiendo sus fines con los nuestros, puede preguntarse, ¿no tendrá el mecanismo funcional de las Juventudes algunos rodajes perjudiciales a nuestro Partido? ¿No existe el peligro de que las Juventudes, con el correr del tiempo, lleguen a erigirse en un Partido frente al nuestro? En términos más populares, fomentar el desarrollo de las Juventudes, ¿no significará criar chimangos que, tarde o temprano, podrán elavar sus garras en nuestra entidad política? Basta leer el artículo noveno del estatuto de las Juventudes para desvanecer tal sospecha. Según él, los afiliados que tengan derechos políticos, están en el deber de afiliarse a nuestro Partido.

Se vuelve, pues, la sospecha por la recíproca. Más que temer el desarrollo de estas instituciones es útil fomentarlas, desde que ellas nos aportan contingentes de afiliados de hecho mucho más definidos en sus ideas y costumbres societarias que los afiliados que ingresan a él directamente y que sólo en los tres meses que no gozan de voto en nuestras asambleas deben aprender nuestras prácticas que aquellos han aprendido en esa escuela previa del Socialismo que constituyen las Juventudes.

Las Juventudes socialistas no son grupos políticos respecto a nuestro Partido: son su mejor vestíbulo de entrada. Estando obligados a ingresar a nuestro Partido, poseyendo los derechos políticos, es imposible medirlos con la misma vara usada para medir a los partidos burgueses, que combatimos. Las Juventudes, como es notorio, ayudan, con todo lo que pueden, al Partido, en las campañas y agitaciones que emprende periódicamente. Es una ingratitud no reconocerlas y estimularlas.

Se habla del exceso de vehemencia que habitualmente ponen en la discusión de los temas que tocan. Pedir lo contrario, es imposible; equivaldría a transponer las mismas leyes de la vida.

¿Qué inconvenientes se encuentran, en síntesis, para impedir que los afiliados al Partido lo puedan ser contemporáneamente de las Juventudes, hasta los veinte y cinco años, límite máximo fijado por éstas para militar en sus filas? ¿Es, acaso, perjudicial estar en reuniones autónomas de jóvenes que se preparan a ingresar a nuestro organismo, máxime cuando su objeto es nuestro propio objeto, ¿Qué mal existe en que tomen a su cargo la labor antimilitarista que, por su edad, les atañe directa e inmediatamente?

Se afirma que encierran el peligro de que los ambiciosos se formen en ella ambiente y así se abran camino en el Partido, mezquino argumento, que juzgo inferior a la discusión, porque el Partido siempre ha triunfado y triunfará de las asaltos de los aventureros políticos a que, por su propia organización de puertas abiertas, está expuesto.

Nada apoya lo que se pide en el proyecto de voto general. Veo, en cambio, una ventaja en que fuerzas jóvenes, sin intereses creados, con autonomía y con la sinceridad y la franqueza de los primeros años, sirvan de saludable contrapeso al principio de conservación tan inherentes a los hombres de mayor edad. El citado proyecto tiende a debilitar uno de los métodos más eficaces de inculcar los conceptos del socialismo doctrinario a los que más tarde, en el Partido, han de arrastrarles, muchas veces, más el

aspecto político que aquel, dada la índole de su propia constitución. Lastímase así un derecho, el de asociación, con fines útiles a nuestra causa, el derecho de constituir una escuela útil, única en el país, para los jóvenes. Desviando su actividad, los intereses electorales es probable que les interesen más.

El hecho de no poseer voto en nuestro Partido las Juventudes destruye la hipótesis de que en un momento puedan influir en sus determinaciones. Y si alguna vez ellas, por exageradas, intemperantes, o por encerrar mal los problemas pueden perjudicar al Partido, le sobran a éste recursos para llamarlas al orden y ponderar su acción pública.

¿Hay, hoy por hoy, alguna cuestión de esta índole? Nadie la ha señalado; la acción de las Juventudes ha favorecido, nuestras agitaciones, mereciendo aplausos y no censuras.

Podríamos continuar escribiendo más reflexiones sobre el tema. Preferimos terminar. Pero no sin antes advertir que de aceptarse lo que se propone en el voto general, el Partido evolucionaría hacia un centralismo gubernamental interno, inconveniente, capaz de sofocar iniciativas espontáneas y útiles, falto de contrapesos necesarios a su mejor organización y a su más eficaz desenvolvimiento.

Justo PASCALI.

JAURES

(3 de Setiembre de 1859 — 31 de Julio 1914)

Por tercera vez el aniversario de la trágica muerte del gran tribuno, sorprende al mundo en plena barbarie. Con su muerte, coincidió el desencadenamiento del huracán guerrero y hoy, después de tres largos años de espanto, todavía tiembla la tierra herida, por la metralla. Esa tierra que el gran apóstol amó con sin igual ternura, esa tierra que más de una vez besó emocionado al sentirse poseído por su infinita grandeza de madre pródiga. Y ahí, en su seno, descanza el gran luchador, en la íntima comunión que dulcemente soñara su alma panteísta.

Pensador, poeta, tribuno, estadista, literato, fué su vida síntesis armoniosa de las más altas virtudes humanas y generoso, dió todo su inmenso saber, toda su rica vitalidad al triunfo de los ideales socialistas, que sustentara con sin igual valentía por espacio de un cuarto de siglo. Dió aún más, dió su vida por la paz del mundo.

Su figura moral ultrapasaba los límites de la patria y era en todos lados su cálida palabra

la que orientaba, encendiendo en los corazones esa chispa necesaria para las grandes acciones.

Su vida fué vivísimo ejemplo de virtud laica y su obra monumental, la consagración de su genio amplio y bueno. Y esa obra inmortal quedará como fiel expresión de un ingenio privilegiado, tan inmenso como el mundo por su variedad, belleza y armonía.

Desde el más minúsculo detalle de la vida diaria, hasta las más elevadas manifestaciones del espíritu, hallaron siempre en su corazón un eco de comprensión y bondad, que caracterizaron su vida agitada y hermosa.

La claridad fecunda que irradiaba su existencia, diáfana y pura, debía extinguirse. El crimen medra en las sombras. Estaba pues sentenciado por la reacción que lo temía y odiaba. Y diríase que ese instante, lo hubieran esperado con ansias las fuerzas del mal, para surgir solapadamente, al amparo de la noche, e hincar en la humanidad sus agudos dientes de hiena.

En el tercer aniversario de su muerte, recordarán los pueblos destrozados por la guerra, su inolvidable figura de luchador, símbolo eterno de amor y paz!

A. C.

(A continuación hallará el lector, una impresión sobre la muerte de Jaurés, sacada de un libro de Marcelle Cappy, apareció el año pasado en Francia y titulado "Une Voix de Femme dans la Mêlée". De los centenares de libros que nos hablan de la guerra y de sus horrores, pocos han sido concebidos con más amor y humanidad, que el de Cappy. Su pluma tiene en su misma inexperiencia (es su primer libro), un fondo de frescura y rebeldía, que encanta. Sintética, vigorosa, limpia de chauvinismos y odios, es su voz, voz de mujer, la más pura y humana. Y por su excesiva humanidad, precisamente por, eso, nos ha llegado su libro con páginas y renglones en blanco, maltratado por la censura.

Sin embargo, ha quedado todavía más de una púa para los que en medio de la guerra, sin ir a las trincheras, avivan en las ciudades, las pasiones bajas y mezquinas. A. C.).

La muerte de Jaurés

Jaurés ha muerto. Divulgada la noticia nadie le dió crédito. ¿Era posible que un hombre de tanto poder, de tanta prodigiosa inteligencia, pudiera desaparecer de golpe? Sí! la mano criminal de un fanático ha cometido el acto

irreparable y todo el mundo intelectual está de duelo.

Recuerdo el primer día que lo oí. Fué en Tolosa, cuando la muerte de Tolstoi. Daba una conferencia sobre el ilustre escritor ruso.

Jaurés iba hablar... La muchedumbre se agrupaba ante las ventanillas de las localidades; en pocos minutos las entradas se agotaron. El día fijado un jueves, un gentío bullicioso se estrujaba en los alrededores del teatro. Todo lo que la ciudad tenía de más inteligente había concurrido. Estábamos también algunos estudiantes ávidos de aprender. Apesar de la tierra y el sol, nos estacionamos con un inmenso anhelo en el corazón, de escuchar sus elocuentes palabras.

Poco a poco las gradas se llenaron. Mientras la muchedumbre impaciente y numerosa se agolpaba en las puertas, Jaurés apareció.

De sus anchas espaldas, de su cuello poderoso, de sus ojos luminosos se desprendía la fuerza tranquila de la vida. Era él, el solo, más vigoroso que toda la juventud ansiosamente atraída por el prestigio de su voz. Sobre el pequeño escenario de vulgar decorado, se nos apareció como un titán que llevase el porvenir del mundo en su cabeza. Y un gran silencio se hizo, cuando las palabras sonoras y armoniosas salieron de sus labios.

No lo conocíamos, ignorábamos su vida política, no habíamos jamás leído sus artículos. No teníamos siquiera veinte años...

Y sin embargo súbitamente nos sentimos atraídos. El entusiasmo se infiltraba en nuestras venas. El incitaba nuestras almas maravilladas, al culto de la belleza y de la verdad, con acentos que no habíamos oído hasta ese día.

No era el tribuno arengando la muchedumbre, ni el conferencista literario, era eso y algo más. Cerrando los ojos, no escuchando más que el murmullo de su voz, comprendíamos rápidamente las luminosas ideas que pasaban de su mente a la nuestra y nos sentíamos religiosamente emocionados. El simbolizaba toda la fogosidad meridional. Cuando terminó, fatigado, nuestras manos aplaudieron levantando los brazos y surgieron de nuestros pechos aclamaciones de entusiasmo.

Había descubierto horizontes desconocidos a nuestros ojos. Durante una hora nos alejó de nuestra pobre vida, apenas comenzada y ya madura para las desilusiones.

De pie sobre nuestras sillas exteriorizábamos con aclamaciones nuestro agradecimiento. Todo lo mejor del alma se lo brindábamos como ofrenda. Y él tranquilo, entre ese desencadenamien-

to de pasión, retrocedió lentamente, hacia los bastidores y desapareció.

Desde entonces el imperdurable recuerdo de ese hombre, ha quedado grabado en nuestros corazones.

Su fuerza, su inmensa inteligencia, su robusta vitalidad, atraía la juventud sedienta de verdad y ansiosa de cultura.

Es por eso que hoy, haciendo abstracción de toda concepción política, todos los que piensan, sollozan sobre esa tumba, en la que un "Hombre" ha caído brutalmente.

Marcelle CAPPY.

Notas Internacionales

Con la aparición del primer número de "Revista Socialista" iniciamos la publicación de estas notas. En ellas recogeremos todas aquellas informaciones y comentarios que, por su carácter obrero o socialista, puedan interesar a los lectores de la misma. Además de esto, que sería el rol específico de esta sección, daremos a conocer, dentro de los límites que nos impongan nuestros medios de información, todo aquello que, refiriéndose a otros países, pueda tener un interés político, económico o social.

A dar cumplimiento a este programa tienden las notas y comentarios que van a continuación, que si por la premura de tiempo con que fueron preparadas no responden a lo que nosotros deseamos, nos satisface poder decir que en lo sucesivo han de ser notablemente mejorados.

(N. de la R.)

España

La Crisis Política

Las noticias que constantemente vienen insertando los diarios de esta capital con respecto a la política interior de España, son en extremo alarmantes. Según ellas la vida de la dinastía reinante en aquel país tendría contados los días, podríamos decir los momentos de su vida.

En esto, como en todo, la información periodística exagera enormemente la realidad. Es cierto que la situación interior de España es difícil; pero el hecho de que sea difícil no significa que tal dificultad tenga por consecuencia la desaparición de la monarquía. Para que tal cosa pudiera suceder debiera de contarse con fuerzas orgánicas capaces de asumir las riendas del poder público. ¿Existen éstas? Contestamos categóricamente: ¡No! El republicanismo español, fuerza política que lógicamente debiera de suce-

der a la monarquía, encuéntrase en un estado de descomposición tal, que rebasa todo límite de apreciación. Sus hombres más representativos sienten un odio más profundo entre sí que el que les inspira el régimen. El pueblo los conoce y por eso no los sigue. Sábelos piruetistas y farsantes y mira con escepticismo todos sus movimientos. Le interesa tanto o más una corrida de toros que un mitín convocado por las izquierdas. Y es que entre un discurso de Melquíades o una estocada del Gallo no encuentra mayor diferencia: estima que cualquiera de las dos cosas no va más allá de un simple pasatiempo.

Como se ve, con tales elementos no se puede llevar a cabo una revolución. La monarquía española, malgrado los pactos izquierdistas, las reuniones extraoficiales de parlamentarios y otras cosas no menos curiosas, puede continuar tranquila: por desgracia para el pueblo que sufre y trabaja no corre ningún peligro.

Hay en España un problema mucho más importante que el que comentamos ligeramente en las líneas antecedentes. Es un problema económico de carácter permanente en aquel país y agravado hoy con motivo de la guerra europea: es el problema del hambre, que si tiene una importancia universal cobra aspectos aterradores tratándose de España. Para dar una idea de la situación que la guerra crea a este país, reproducimos a continuación un artículo del publicista Ciges Aparicio, en el cual se hacen apreciaciones de carácter local que tienen una importancia enorme sin que por ello disminuya la que contienen las apreciaciones de carácter general.

He aquí el artículo:

"El abastecimiento de los neutrales"

El grito de alarma lanzado recientemente por Mr. Houston, ministro yanqui de Agricultura—"el año próximo lo será del hambre"—está repercutiendo en toda Europa. Los germanos perfeccionan su sistema de racionamiento; los aliados pretenden organizar el suyo a expensas de los neutrales; los suizos, cogidos entre cuatro pueblos beligerantes, sin materias primas, sin subsistencias propias que excedan de dos meses al año, gestionan, nombran comisiones, informan a yanquis y alemanes de su situación aflictiva para que les acorran con los artículos necesarios a su industria y sustento; los gobiernos escandinavos celebran conferencias a fin de poner en común sus recursos y resistir el intrépido y previstó asalto del hambre. Sólo España

permanece distraída y apática ante la escasez que amaga al mundo, malgastando la energía en discutir sobre la intervención y la neutralidad, y sin pensar que aun hay un término medio—peor que la guerra exterior—en el que pudiera caer si no prevé y previene los acontecimientos: la guerra interna, los conflictos crónicos que en las calles suscitarán las futuras hambres cuando la muchedumbre experimente sus carestías y estragos y no haya tiempo para remediarlos. Porque está demostrado: todos los problemas, todos los transcendentales acontecimientos que surgen de la gran guerra marchan más rápidos que nuestras previsiones y mucho más que las previsiones de los hombres encargados de nuestro gobierno.

Y nada en estos tiempos debiera cogernos ni cogernos de nuevas. Una estadística publicada por el Instituto de Agricultura de Roma establecía que la producción mundial de cereales fué el año 1916 inferior en un 30 por ciento a la de 1915, que a su vez no tuvo nada de espléndida. Por otra parte, la cosecha próxima representará gran merma relativamente a la anterior Francia—según *L'Eclair*—sólo produjo el año último la mitad de una cosecha normal, y no espera obtener en este verano más que la tercera parte. Los abundantes graneros planetarios están cerrados o monopolizados, y no podrá contarse con su exportación. Rusia está aislada para las relaciones comerciales; Rumania, en poder de los germanos; los Estados Unidos apenas dispondrán del trigo necesario para su peculiar sustento, y si algo les sobrara lo destinarían a sus aliados; una pertinaz langosta ha roído la cosecha argentina, y el gobierno bonaerense ha dictado ya dos órdenes prohibiendo la salida de cereales. ¿Está justificada la alarma que experimentan los pueblos menos imprevisores que el nuestro?

El ministro yanqui de agricultura y su colega francés explicaron hace diez o doce días la razón fundamental de la escasez. A las malas cosechas dependientes de causas atmosféricas había que agregar la paralización de los 30 millones de hombres movilizados que, sin producir nada, consumían intensamente. Añádase ahora el absentismo; la preferencia que en los campos mismos se otorga a otros trabajos no agrícolas; en fin, la carencia de abonos químicos. En el último boletín del susodicho Instituto romano de Agricultura se lee al hablar de los fosfatos que los 3.161.146 toneladas producidas en 1913 habían bajado a 1.865.123 en 1915. El descenso ha proseguido después. Buena parte de la mano de obra empleada antes en las ex-

plotaciones de fosfatos se ha consagrado a otros trabajos más remuneradores. Esta situación se agravará notablemente con el ingreso de América en la guerra. El diario financiero más importante de los Estados Unidos, *The Chronicle*, escribe: "Para la organización del Ejército habrá que sustraer algunos millones de hombres a los trabajos productores, que ya carecen de mano de obra. Habrá que emplear otros millones para equiparlos, suministrarles uniformes, cañones, municiones. Si la Providencia nos regalase con una espléndida cosecha no encontraríamos personal suficiente para la recolección, pues vamos a emplearlo en otros menesteres que le ofrecerán mejores salarios que la agricultura. Pero la Providencia no envía sus bendiciones sobre un mundo que sólo se ocupa en destruir la vida humana y todo lo que es sagrado." Y resumiendo la situación general, el *Chronicle* repite por tres veces la siguiente fórmula, que luego justifica con severas razones y datos incontrovertibles: *el mundo está amenazado por el agotamiento económico (que no es el financiero) y por el hambre.*

Pero los pueblos no sólo viven de pan. También necesitan de otros artículos, que escasean. Han menester igualmente de carbón, que suelen recibir de Inglaterra, y de materias primas para su industria, que llegan en gran parte de América. Ahora bien, los aliados—y singularmente los Estados Unidos—se han propuesto fortificar el bloqueo de Alemania y distribuirse las subsistencias y materias primas de que dispongan. Sólo después de satisfacer sus necesidades podrán pensar en los neutrales; pero aun entonces exigirán garantías de ellos, a fin de que los suministros no pasen a los imperios bloqueados. Esta precaución concernía originariamente a los pueblos vecinos de Alemania: Holanda, Escandinavia y Suiza; pero desde hace dos semanas amenaza también a España. El artículo de "Le Matin" que ya ha comentado *El Imparcial* reviste mayor gravedad porque es repetición y paráfrasis de otro que el mismo diario insertó hace pocos días, y del cual sólo transmitió el telégrafo un incompleto extracto. Por un comentario de M. Judet sabemos que aquella primera y severa admonición de "Le Matin" era en realidad una nota oficiosa. Ha llegado el momento—se lee en lo que M. Judet llama *comunicado oficial*—de hacer comprender a nuestros vecinos de España que las necesidades actuales constituirán la base de nuestra política económica. Si España necesita carbón inglés es legítimo que vaya a buscarlo, llevando en cambio productos de que carece el mercado

británico... La opinión reclama unánime que la generosidad y el sentimiento pasen a segundo término."

Como se ve, la posición excéntrica que ocupa España no la exime de los peligros a que están expuestos los pueblos próximos a la vorágine. Todo el secreto está en saber si el gobierno y el pueblo español imitarán a aquéllos apercibiéndose oportunamente para la defensa y administrando con celo y severidad los recursos nacionales."

En el hecho apuntado por Ciges Aparicio aparejado a la situación crónica de malestar económico que caracteriza a España, tanto por la inepticia de sus gobernantes, como por el espíritu rutinario de su clase capitalista, debemos de buscar la clave de los movimientos obreros producidos recientemente en aquel país. Todos esos movimientos, que el gobierno romanista, por ejemplo, califica de intentonas revolucionarias encaminadas a derrocar el régimen, no son más que una acentuada tendencia de reivindicación económica, que dice mucho sobre el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado español.

Inglaterra

LA AGITACION OBRERA

Ha atravesado Inglaterra recientemente una crisis de huelgas obreras que ofrece gran interés. El hecho de que las industrias afectadas fuesen precisamente las de municiones, ha prestado al movimiento cierto carácter dramático que se cuidaron de aprovechar los conservadores. El espectro de los soldados aliados sacrificados en el frente por falta de municiones mientras sus hermanos disputaban con sus patronos cruzándose de brazos, pasó como lastimoso fantasma por las columnas de la prensa patronal, enterneciendo corazones. Los obreros alegaron que tenían en el frente más hijos y hermanos que quienes les echaban en cara su "traición" y que si a pesar de ello se declaraban en huelga era porque sabían que no faltaban municiones y que con la huelga defendían las libertades cívicas de sus hermanos de las trincheras como sus hermanos de las trincheras defendían con la guerra su libertad nacional.

El hecho es que hubo huelgas. Los motivos inmediatos son de dos categorías: un conflicto local entre una casa industrial y sus obreros, que se envenenó por la tardanza en resolver el asunto en el ministerio de municiones y se extendió por simpatía a otros distritos; y por otra parte, un estado general de descontento entre los obreros de municiones, debido a ciertas anómalas

consecuencias de la administración de las exenciones militares. Dejando a un lado la primera causa, cuyo carácter local le quita todo interés permanente, conviene ahondar en la segunda porque revela un curioso conflicto dentro del mundo obrero.

Existen en Inglaterra dos clases de Trades Unions: la Trade Union especial y la Trade Union general. La primera es un Sindicato obrero entre hombres del mismo oficio, tal la Unión de caldereros, la Unión de fundidores de acero, la de maquinistas. La segunda es un Sindicato obrero entre hombres que trabajan en la misma industria, tal la Unión de ferroviarios, la Unión de obreros mineros, la de obreros del gas. El primer tipo reposa sobre la comunidad de oficio, el segundo sobre la comunidad de función; en el primero, el lazo de unión es el medio; en el segundo, el fin de la industria en que trabajan los miembros. La Unión general comprende obreros de varios oficios, pero de una sola industria; la Unión especial comprende obreros de varias industrias, pero de un mismo oficio. Así, la Unión ferroviaria comprende caldereros, fundidores, maquinistas, empleados de oficina, mozos de cuerda. La Unión de maquinistas comprende maquinistas, empleados en ferrocarriles, en minas, en fábricas de gas, en fábricas eléctricas. Existe, pues, de hecho cierta rivalidad entre Uniones especiales y Uniones generales; esta rivalidad se agravó súbitamente con motivo de la aplicación de las leyes del Reclutamiento.

La necesidad de alimentar las reservas militares inglesas con nuevos cupos de hombres jóvenes llevó al ministerio de la guerra a solicitar del gabinete la extensión del servicio militar a los obreros expertos hasta entonces exentos, como indispensables para la fabricación de pertrechos de guerra. El gabinete decidió el alistamiento gradual de los obreros expertos mediante la aplicación a la industria del procedimiento llamado "dilución", o sea la repartición de un número decreciente de obreros expertos entre una masa creciente de obreros (y obreras) inexpertos, puestos bajo su dirección. Este procedimiento halló al principio viva oposición entre la mano de obra experta del país, temerosa de dos peligros: que disminuyese, en beneficio de los patronos, el valor mercante del obrero experto, y que los patronos utilizaran la selección militar para deshacerse de los obreros indóciles. El gabinete opuso a estos dos reparos los remedios siguientes: la "dilución" quedaría restringida a las Casas intervenidas por el Estado, hoy más de 4.000, y la selección de los obreros que habían de ir al servicio sería hecha por la Unión corres-

pondiente. Como se trataba de mano de obra experta, se concedió el derecho a las Uniones especiales, únicas exclusivamente constituidas por obreros expertos.

Esta es la fuente del conflicto entre Uniones generales y Uniones especiales. Los obreros expertos afiliados a Uniones generales, al darse cuenta de la ventaja otorgada a las especiales, acudieron a ellas en busca de la mayor garantía de equidad que les ofrecía la administración de la ley de Reclutamiento por sus propios compañeros; de este modo las Uniones generales se iban empobreciendo en fondos, en influencia y en vigor intelectual. Ante las protestas de las Uniones generales, el gobierno decidió retirar el privilegio de las especiales, y reemplazarlo por un sistema nuevo de selección militar, al propio tiempo que, apremiado por las necesidades del ministerio de la guerra, extendía la "dilución" a todas las Casas, intervenidas o no. De este modo el conflicto, que empezó siendo una querrela entre obreros, adquirió también carácter antipatronal, pues los trabajadores, siempre dispuestos a hacer dejación de sus derechos profesionales en beneficio del Estado, se oponen a que su sacrificio corporativo beneficie a ningún particular. Las huelgas pasadas fueron, pues, producto de un enmarañado conjunto de motivos de origen local, interobrero y antipatronal.

Quizás la circunstancia más interesante, la que da la clave espiritual del conflicto, sea el hecho notable que las huelgas hayan ocurrido en contra del deseo expreso y del consejo meditado de los directores oficiales del movimiento obrero inglés. Los jefes de las Trades Unions inglesas, en contacto con el gobierno, han podido darse cuenta de la inmensa complejidad de la guerra, de las graves dificultades de todo orden—hombres, dinero, primeras materias, transportes—que los gobernantes tienen que resolver y armonizar a diario para llevar a buen puerto al país. La familiaridad con los grandes problemas de Estado ha impreso en ellos un sentido de la responsabilidad que ha moderado sus instintos de rebeldía y conservatizado su pensamiento político. Es posible que haya habido en algunos culpable debilidad ante las vanidades del Poder; en otros demasiada credulidad. Pero indudablemente la mayor parte ha sentado la cabeza ante el peso, sinceramente sentido, de las responsabilidades de la hora.

La masa obrera, en cambio, prosigue en guerra como en paz, su táctica defensiva. Los obreros representan en el sistema social el espíritu de rebeldía, la fuerza centrífuga, tan necesaria al equilibrio de la sociedad como la fuerza centrí-

peta del Poder. Y al observar que sus jefes, por ley natural de las funciones que han asumido, actúan en sentido gubernamental, los obreros se rebelan contra ellos, y por medio de sus delegados de taller continúan laborando contra la sociedad de hoy y preparando la sociedad de mañana.

SALVADOR DE MADARIAGA.

Notas varias

INICIATIVAS PARLAMENTARIAS

En el período parlamentario del año en curso, el grupo parlamentario socialista ha presentado algunas iniciativas de la mayor importancia, como son los proyectos sobre la cuestión agraria de los diputados Justo y Repetto, el de impuesto al mayor valor del suelo del diputado Justo y el de divorcio del diputado Bravo. Puede darse, además, como sancionada la ley creando la municipalidad electiva, lograda gracias al insistente empeño de los parlamentarios socialistas. En los números próximos dedicaremos sendos artículos a estas iniciativas, las cuales serán analizadas y comentadas con la extensión que merecen.

REVISTA SOCIALISTA

Las comisiones de Redacción y Administración de esta publicación están formadas por los siguientes compañeros: Comisión de redacción: Alberto Palcos (Director), Eugenio Nágera (Secretario), Guido A. Cartey, Alejandro Castiñeiras, Ricardo M. Ortiz, Carlos Pascali y H. Smith (redactores). Comisión de administración: Daniel Cisneros Terán (Administrador), Juan Parodi, M. Reyna y A. Rodríguez.

El exceso de material nos obliga a postergar para el próximo número varias colaboraciones.

PROFESIONALES

BERNARDO SAN MARTIN

Abogado. Atiende asuntos judiciales en la Capital y Provincia de Buenos Aires.
Av. de Mayo 1334 U. T. 5939, Liber.

JUSTO Y CARLOS PASCALI

Ingenieros Civiles

Ventas de máquinas eléctricas y a vapor, ómnibus centrífugas, material rodante y fijo de ferrocarril, ferrocarriles Decauville, metales y material de construcciones civiles.

Maipú 286 Lomas, calle Mitre 765
U. T. 5241, Avenida U. T. 417, Lomas